

ENRIQUETA SAN JOSÉ Y MATOS

LECTURAS

Amenas

é

Instructivas



93213

NO SE PRESTA

LECTURA

EN

SALA

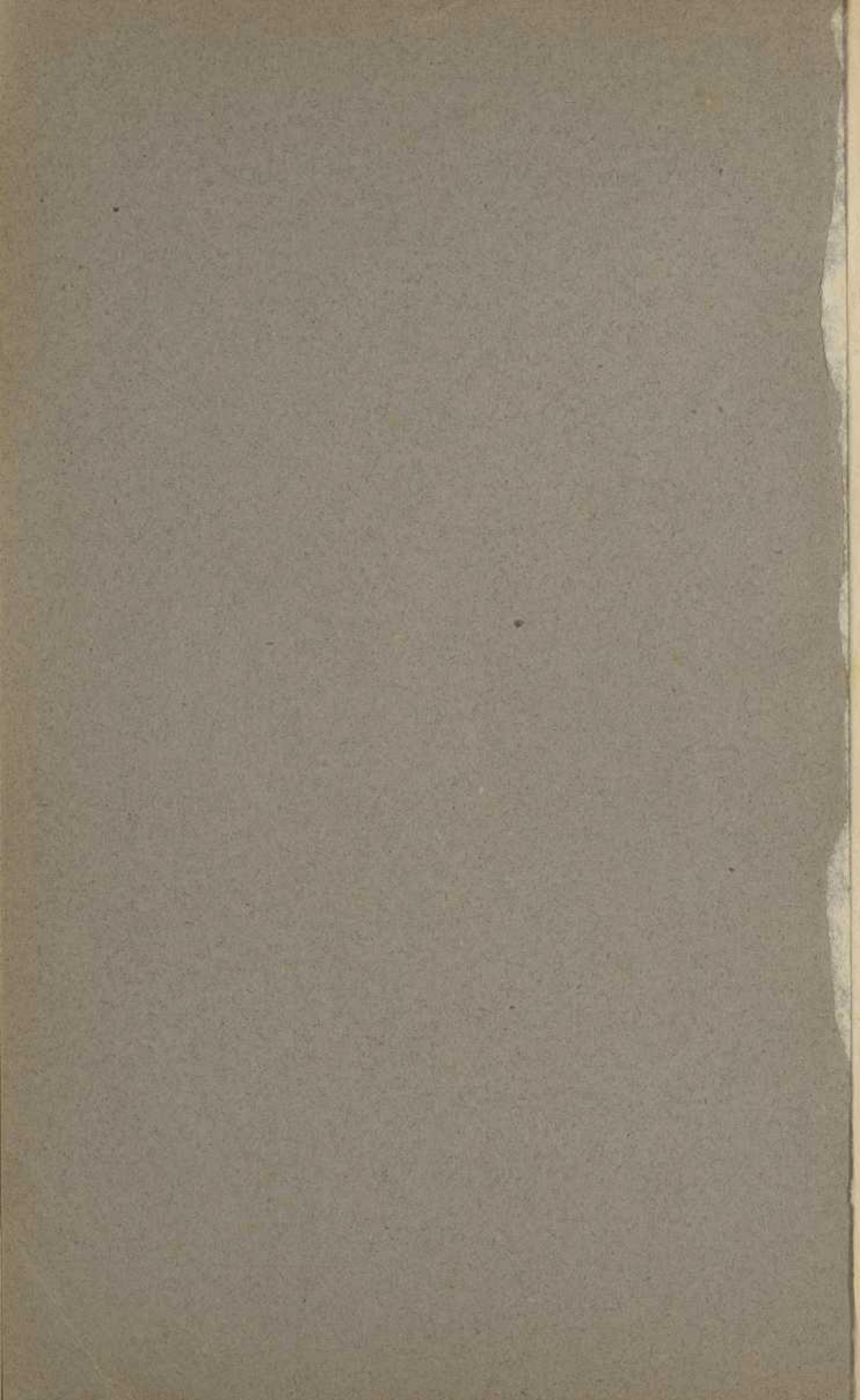
100



Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA CENTRAL



10000225344



R.
15600

Lecturas amenas é instructivas

A mi
distinguido profesor
D^{ra} Bernabe Lopez
se le dedica

La Autora

100

LECTURAS AMENAS É INSTRUCTIVAS

POR

Enriqueta San José y Matos

A. M. D. G.



L. 102.222

LOGROÑO:
IMPRENTA MODERNA

1907



*Es propiedad de la autora.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.*

Al Excmo. Sr. Marqués
de Murrieta * * * *

En prueba de la gratitud y
 agradecimiento que le profesa, le
 dedica este pobre destello de su in-
 teligencia á su generoso y gran
 protector,

La Autora



CAPÍTULO I.

—
NOCHE DE INVIERNO



LECTURAS

AMENAS

É INSTRUCTIVAS



CAPÍTULO PRIMERO

NOCHE DE INVIERNO

Comenzaba el riguroso mes de enero; el frío era intenso, la lluvia producía ese ruido monótono que evoca al sueño.

Contra estos rigores se dirigía al hogar doméstico un hombre denominado Mauricio, padre de una numerosa familia, compuesta de tres niñas rubias, de cabellos dorados cual los rayos del sol y graciosamente rizados, los cuales se posaban sobre su blanca tez dándoles una ligera sombra que las semejaba á los seres celestiales, y dos hermanitos menores que al lado de las niñas se encontraban calentando sus sensibles manitas al amor de un buen brasero; coronaban este pequeño grupo de ánge-

les, acariciándoles con sus manos y bendiciéndolos con sus sonrisas, una señora respetuosa á quien mis lectores reconocerán por Rosalía.

Era ésta la esposa de Mauricio y madre de los niños anteriormente enumerados.

Rodeada de sus cinco hijos esperaba con impaciencia la vuelta de su marido.

Los niños hacían supremos esfuerzos para contrarrestar la influencia de su compañero inseparable, llegadas ciertas horas del día: del mitológico Morfeo.

La mayor de las niñas, llamada Aurora, tenía once años; la segunda, cuyo nombre era Amparo, ocho; seguía á éstas Blanca, que contaba siete, y completaban el grupo de la familia los dos pequeños gemelos: Enrique uno y Luciano el otro, que apenas habían cumplido los cuatro.

Aurora, que era la más despejada, impulsada por el fenómeno de la lluvia tan torrencial que en aquellos momentos caía sobre la tierra, preguntó á su mamá que de dónde procedía aquello que de tal modo les afectaba, y al disponerse Rosalía á contestar la pregunta de su hija fué interrumpida la conversación, porque abriéndose la puerta penetró, donde ellos estaban, el jefe de la casa, después de haber cumplido con sus deberes profesionales, á los que se dedicaba para atender á la subsistencia de su numerosa y querida familia.

Esta le recibió con singulares muestras de alegría, gozándose de hallarse bajo su salvaguardia en noche tan intempestiva: los pequeños se abalanzaron á sus rodillas, mientras que las mayores le cubrían el rostro con sus inocentes ósculos.

Después de un pequeño intervalo, volvió á

reanudarse la conversación interrumpida con tan agradable motivo, y la madre comenzó su relato para satisfacer la curiosidad de su hija primogénita, en los siguientes términos:

—La lluvia, hija mía, es uno de los meteoros acuosos que son producidos por los vapores de agua que, desprendidos de la superficie terrestre, se elevan á la atmósfera. Cuando los vapores que contienen las nubes se acumulan formando cuerpo, se producen las gotas de agua que no pudiendo ser sostenidas en el aire por su gran peso, caen sobre la superficie, de donde proceden, formando lo que denominamos lluvia.

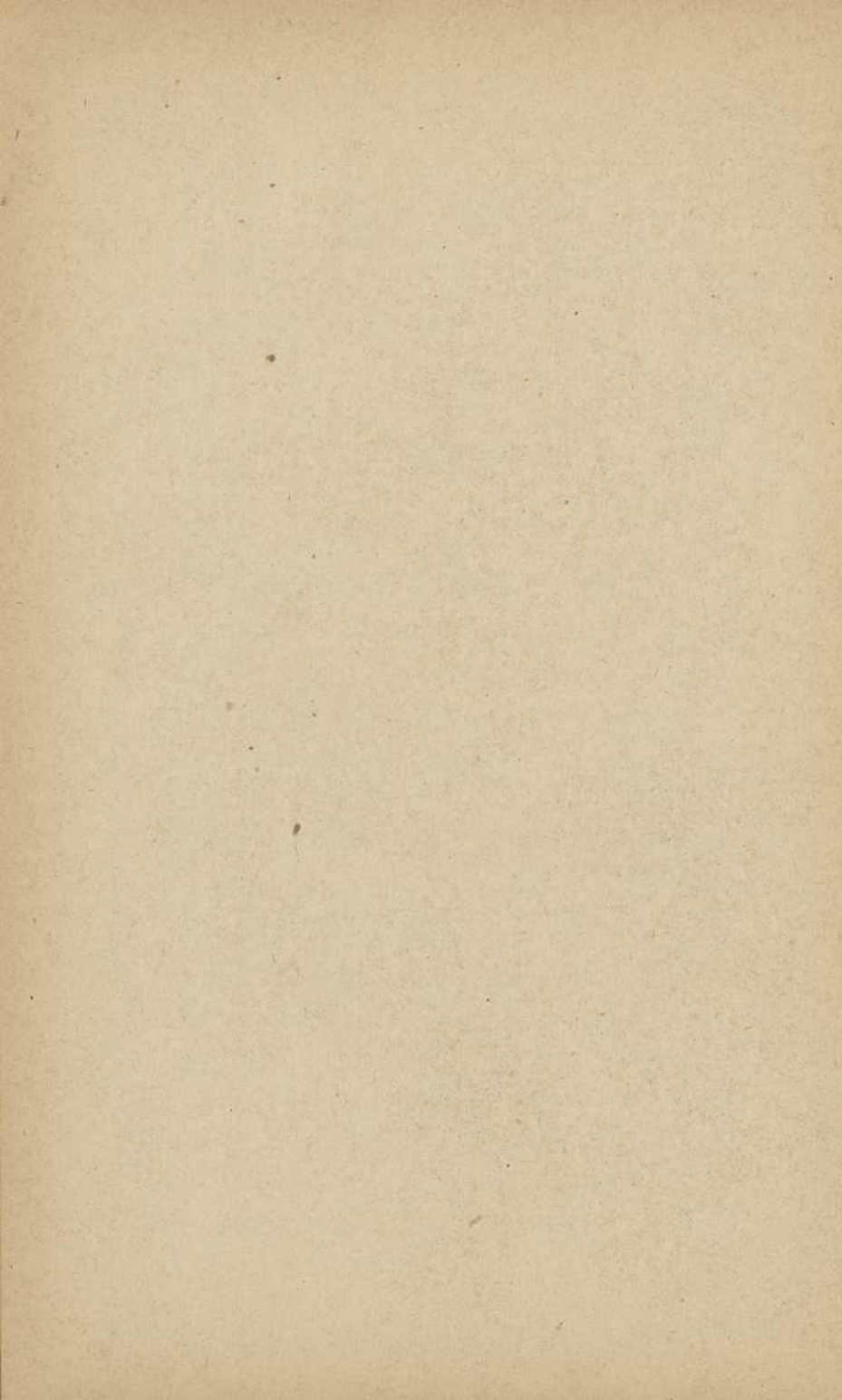
Al poeta Rusiñol le ha inspirado este meteoros los hermosos pensamientos siguientes: «Nada como el canto de tus lágrimas ¡oh lluvia! inspira á los corazones la canción de la tristeza..... Nada como tu llanto adormece el alma á compás de una música mortecina..... Nada semejante á tu voz, que viene del cielo á contar secretos á las hojas y á besar las flores que se entreabran para recibirte, etc., etc».

De manera, Aurorita, que cuando otro cualquier día veas llover, ya no te quedará duda de dónde proviene la lluvia y cómo se verifica este meteoros, tan importante y beneficioso para fertilizar los campos.

—¡Cuántas gracias, mamá de mi alma, tengo que dar á Dios por haberme concedido una madre tan cariñosa, tan buena y tan instruída!

De este modo terminó la conversación de aquella noche, que había comenzado con tan tristes auspicios.





CAPÍTULO II.

—

TARDE DE PASEO

CAPÍTULO SEGUNDO

TARDE
DE PASEO



Era esta que describimos una tarde primavera, y nuestra familia tenía la buena costumbre de aprovechar las pocas que, como ésta, suele ofrecer el invierno.

Aurora, niña mayor, había asistido por la mañana al colegio, y en el momento presente venía dando saltos y anhelosa de dar la noticia á su mamá de que estaba esperando á una de sus mejores amigas para dirigirse, todos juntos á una quinta inmediata, propiedad de los padres de Aurora.

Noticiosa la madre le dijo: Id al jardín, primero, porque quiero antes de ir á la quinta cumplir con uno de los deberes que la buena sociedad exige, cual es, escribir á una de mis mejores amigas, que, como sabes, reside en Madrid, para lo cual me traerás la caja de papel y demás accesorios que están en mi escritorio.

—Voy inmediatamente—contestó la niña—pero antes de que usted escriba quisiera que me permitiese hacerle una pregunta acerca de

una duda que tengo hace días sobre una lección de Geografía.

—Habla, hija mía, pues mi gusto es complacerte siempre—dijo doña Rosalía.

—Días anteriores nos correspondió en el colegio tratar de la división de Castilla la Nueva en cinco provincias; pues bien: entre estas cinco se encuentra Madrid, villa sumamente bonita y que me elogiaron muchísimo, por lo que quisiera, si á usted no le sirve de molestia, que me dijera algo de esa provincia.

La madre de Aurora comenzó su relato en los siguientes términos:

—Madrid es la capital de España y se encuentra situada en el centro de la misma, contando con 540.000 habitantes. Tiene grandiosos edificios, siendo el más principal el Palacio Real que parece una fuerte ciudadela, visto por el Oeste, mientras que por el Oriente se encuentra adornado por la estatua de Felipe IV.

—Dispénseme, querida mamá, que la interrumpa. ¿Quién habita en ese palacio que, según los que le han visto, es tan bonito?

—En él habitan el Rey con su familia.

—¿Y quién es el Rey? ¿Por qué manda en todos?

—Otro día, querida hija, te daré idea de los poderes que tiene la primera persona de la Nación Española. Vamos ahora á continuar.

Entre los edificios que sobresalen por su magnificencia, además del mencionado, figuran: el Jardín Botánico, el Museo de Pinturas, la Casa de la Moneda, la estatua de Colón y otros muchos.

Una de las poblaciones más importantes de esta provincia es El Escorial, donde se encuentra el Monasterio de su nombre, que levantó

Felipe II para conmemorar la célebre batalla de San Quintín, librada contra los franceses el día 10 de agosto, festividad de San Lorenzo, y en la que tan gloriosamente quedaron las armas españolas acaudilladas por Manuel Filiberto, Duque de Saboya.

Para inmortalizar hecho tan importante, el Monarca español hizo voto de erigir un edificio bajo la advocación de San Lorenzo. Tal fué el origen de El Escorial, y al que se le considera como la octava maravilla del mundo.

Al lado de este grandioso monumento, que es á la vez panteón y Convento, palacio y Basílica, Museo y Biblioteca, se formó una población que luego tomó el nombre de Real sitio de San Lorenzo, aunque vulgarmente se le conoce con el nombre de El Escorial.

—¡Ay, mamá mía, cuánto he molestado á usted esta tarde, pero como sabe tanto y yo tampoco, no me canso de preguntarle, para tener el gusto de escucharla!

—Esto es muy loable en los niños, porque engendra el amor al estudio—dijo Rosalía á Aurora—y ahora vé á prepararte, que ya es hora de salir de casa.

Aurora abandonó la estancia de su cariñosa mamá para dirigirse á su cuartito, donde se vistió sencillamente, pues el candor de una niña no debe ser afectado por medio de prendas de vestir lujosas.

Ya tenemos á toda nuestra familia, acompañada de la amiguita de Aurora, dirigiéndose á la quinta, donde se proponían pasar una buena tarde.

Una vez en ella, los niños se dedicaron hasta la hora de la merienda á toda clase de juegos infantiles, propios de su edad, y tan nece-

sarios para el desarrollo de los órganos, mientras los padres, sentados en los bancos de un pintoresco cenador, vigilaban sonrientes y satisfechos los juegos de sus hijos.

Llegó la hora de la merienda: los excursionistas se sentaron en la hierba, mesa propia de esta clase de fiestas, en los días de campo; y terminada la cual regresaron á sus hogares, ufanos y contentos, después de haber disfrutado de las delicias que proporciona una de las hermosas tardes de invierno.

Aurora, á la vez, se había entretenido viendo practicar la operación del ingerto y deseando saber lo que aquello significaba, dado el supuesto de que los niños se hallaban dominados por el instinto de curiosidad, preguntó á Mauricio en qué consistía el ingerto, cuya pregunta fué satisfecha por su condescendiente papá en la forma que se detalla á continuación:

Ingertar, es implantar una parte viva de un vegetal en otro análogo, soldando las dos partes, de manera que no formen más que un solo individuo. La parte que se implanta se llama ingerto, y el vegetal á que se aplica patrón; el resultado recibe también el nombre de ingerto.

—Entonces, papá—dijo Aurora—se me ocurre una idea, y es que si ingerto en el geranio que tengo en la galería, un ciruelo, éste me dará ciruelas.

—No, hija mía; eso no se puede realizar.

—¿Por qué, papá?

—Porque entre el ingerto y el patrón, ha de haber analogía botánica. En general no se pueden ingertar más que las plantas del mismo género, ó á lo más de la misma familia.

Muy bien puedes ingertar, si quieres, las rosas encarnadas con las de thé.

Y levantándose nuestra familia de la mesa, después de cenar, se dió por terminada la sesión de tan agradable noche.



CAPÍTULO III.

LA TIERRA



CAPÍTULO TERCERO



LA TIERRA

Pocos días después del narrado en el capítulo anterior, Aurora y sus hermanitos manifestaron á su papá vehementes deseos de que les hablase algo de la tierra en que habitaban, la que no conocían más que superficialmente.

El padre, excesivamente condescendiente, se expresó en los siguientes términos: La tierra, no es sino uno de los planetas. En este instante la niña Amparo le pregunta:

—¿Qué son planetas?

—Planetas, hija mía, son cuerpos esferoidales, pero tampoco sabréis lo que es una esferoide, á lo que las niñas contestan negativamente; pues bien: esferoide es un cuerpo engendrado por la revolución de una elipse que gira sobre uno de sus ejes; si gira sobre el mayor, se llama prolongado; y si gira sobre el menor, se llama achatado. Ejemplo del primero, es un huevo; y ejemplo del último, una naranja.

Puesto que ya sabéis lo que es una esferoide,

continuaremos—dijo Mauricio—con los planetas que son también cuerpos opacos; es decir, que no tienen luz propia, y la que tienen la reciben del sol en torno del cual giran. Se distinguen de las estrellas, porque carecen de centelleo.

—Papá, dispensa que te interrumpa—exclamó Aurora.—Las estrellas ¿dónde se ocultan durante el día, que solo las vemos por la noche?

—Mis queridos hijos, las estrellas tachonan la bóveda celeste lo mismo durante las horas del día que las de la noche.

—¿Pues en qué consiste que no las vemos por el día?

—Porque el sol está mucho más cerca de nosotros que las estrellas y como brilla con tanta intensidad, no nos permite ver las demás estrellas que cual él, giran por los espacios interplanetarios; y para probaros esto, basta que sepáis que la luz solar tarda en llegar á nosotros nada más que ocho minutos y doce segundos, mientras que la de la estrella más cercana, tarda cuatro años.

La tierra, que es por esta noche el tema de nuestra conversación, es el planeta que habitamos y como todos ellos opaco, recibiendo la luz del sol en torno del cual gira.

Como ya os habrán explicado vuestros profesores, es una esferoide; esto es, aplanado por los polos y ensanchada por el Ecuador, presentando una forma igual ó parecida, á la de una naranja.

De entre los varios hechos que demuestran la redondez de la tierra, citaremos los siguientes: La curvatura del mar, pues si fuera una superficie llana, como parece, nosotros á simple vista, ó con el auxilio de instrumentos óp-

ticos, descubriríamos siempre todas las embarcaciones que por él navegaran.

También puede probarse por los viajes de circunvalación, pues saliendo un buque de un puerto cualquiera y caminando siempre en el mismo rumbo, puede volver al mismo punto de donde partió, pero por el lado opuesto.

Y por último, se puede probar por el siguiente y sencillo ejemplo:

—Amparito, tráeme la pelota de goma de tu hermanito.

—Ya la tenemos aquí.

—Pues bien; supongamos que sobre esta pelota ponemos dos grillos, el uno encima y el otro debajo; claro está que en esta posición no se podrán ver, porque se lo impide la pelota que está entre ellos; pero si uno comienza á descender y el otro á ascender, llegará un instante en que ambos se vean la cabeza, teniendo las demás partes ocultas; á medida que vayan acercándose se irán viendo más partes, hasta que llegue el momento de verse en totalidad, esto es, completa y recíprocamente.

Nuestro planeta, como todos los demás, se halla dotado de dos movimientos principales, que son: el de rotación y el de traslación. El movimiento rotatorio de la tierra produce la sucesión del día y de la noche, pues empleando aquella 24 horas en dar una vuelta completa sobre su eje, todos los puntos de su superficie van siendo iluminados por la luz del sol, teniendo lugar el día, y para todos los puntos ó pueblos del hemisferio opuesto, la noche.

En esta misma habitación, con una luz y una pelota podemos probar este aserto, como lo vais á ver:

Atravesemos la pelota por medio de una

aguja de hacer media, clavando el extremo de ésta en una almohadilla y haciéndola girar lentamente, vemos que la mitad de la pelota queda iluminada, y la otra mitad á obscuras. La primera representa al hemisferio terrestre, que tiene día; mientras que la segunda representa al hemisferio terrestre, que tiene noche.

Si esto no sucediera, estaría siempre un hemisferio iluminado y el otro obscuro.

Así como el movimiento rotario dá lugar á la sucesión de días y noches, el de traslación produce los años.

El año se divide en cuatro períodos, algo desiguales que se conocen vulgarmente con el nombre de estaciones, y éstas á su vez se clasifican en primavera, verano, otoño é invierno.

—¿A que no sabéis por qué hace más frío en invierno que en verano?—preguntó Mauricio á sus hijos.

—Yo sí lo sé—contestó el menor de todos, que se iba acostumbrando á estas pequeñas explicaciones;—consiste—dijo—en que el sol está muy cerca de nosotros en verano y en el invierno está más lejos.

—No, hijo mío; te has equivocado, cosa que no tiene nada de particular, dada tu edad; voy ahora á probaros que en verano, está el sol más distante de nosotros que en invierno; pero sucede que en verano los rayos solares nos hieren perpendicularmente y calientan más, al paso que en invierno nos hieren oblícuamente y sus rayos calientan menos.

De esto os podéis desengañar, aplicando la palma de la mano á una bujía.

Si os hiere perpendicularmente, no podréis resistirla aunque sea de lejos, pero si la aplicáis oblícuamente, casi tocaréis la bujía sin

sentir sus efectos; esto es, los efectos del calor.

Y basta por hoy; vamos á dar un paseíto hasta la hora de cenar.

Habiendo regresado del campo, donde pasaron la tarde paseando, y mientras se preparaba la cena de nuestra familia, Mauricio recitó á sus hijos la siguiente fábula:

El niño y el espejo

Cierto niño, criado
en mísera alquería y entre rejas
cerril como tal vez no se halla otro
fué á casa de sus amos una siesta.
Viendo libre la entrada, hasta la sala
metióse el chico con sin par llaneza;
y asombrado quedóse al ver á otro
niño cual él, que su actitud remada
y que agita sus brazos, si él los mueve,
y se ríe y avanza, si él se acerca.
No sabe qué es su imágen, pues espejos
no vió jamás, por valles y por sierras;
se figura, que el chico le hace burla,
le amenaza, y el otro le contesta;
le hace guiños, le escupe, y al momento
vé con ira que el chico le remeda.
Furioso ya, descarga un puñetazo
en la cara del tal con tal fiereza
que resultó su mano ensangrentada
y hecho cisco el cristal que le refleja.
La señora que, oculta
desde otro extremo presencié la escena,
—Mira niño, le dijo: esta es la imagen
de lo que en este mundo al fin se encuentra;

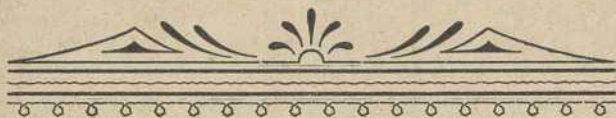
te hacen bien, si haces bien; y si mal obras
sólo mal hallarás en consecuencia,
que, como en el espejo que tú has roto,
tu conducta en ellos se refleja.

Así terminó la conversación por aquella
noche.



CAPÍTULO IV.

EL CINEMATÓGRAFO



CAPÍTULO CUARTO

: : : : EL : : : : : CINEMATÓGRAFO : :



Aurora había sido invitada por uno de sus tíos á comer, y después para obsequiarla, cosa muy generalizada entre personas bien educadas, la llevó á presenciar varias películas de un cinematógrafo.

Sus papás estaban impacientes, viendo la tardanza de su hija, en volver al hogar doméstico; pero pronto renació su alegría, al ver penetrar por el dintel de la puerta á su querida hija.

—No os apuréis, papás, por mi tardanza; ha obedecido á que Jaime se ha empeñado en llevarme á una sesión cinematográfica, que me ha entusiasmado por lo bonito, raro y sorprendente.

—Pues todo lo que á tí te parece tan sorprendente, hija mía, es lo más natural del mundo—manifestó Mauricio.

—¿Sabe usted, papá, cómo se reproducen las imágenes en dicho aparato?

—Claro que sí; y en prueba de ello te lo voy á explicar en este momento.

¿Recuerdas del fenackisticopio que te compré hace bastantes años, en las ferias de San Mateo?

—No, papá; no recuerdo.

—Sí, mujer. ¿No te acuerdas de dos discos de cartón, que uno tenía pintados, á una distancia igual, varias figuras, y el otro unas rajitas? Pues bien; en dicho aparato se hacía girar rápidamente el disco en que estaban las figuras y, éstas aparecían moviéndose, andando, saltando, etc., miradas por las aberturas del otro disco.

—Ahora sí que recuerdo, papá; pero dime: ¿qué quiere decir fenackisticopio?

—Fenackisticopie quiere decir, ver engañoso, porque mirando por las hendiduras del segundo disco, se ven las figuras animadas de movimiento, lo cual no es igual que una ilusión óptica. En ese mismo principio, descansa también el cinematógrafo.

Ya sabes que el objetivo de una máquina fotográfica refleja las imágenes que están delante de él, y éste después las traslada á una placa previamente preparada, y que existe colocada en el fondo de la cámara oscura.

A este propósito un sabio ideó para un disco obturador, con varios agujeritos separados á distancias iguales y haciendo girar al disco de manera que, en el mismo tiempo coincidieran las aberturas del disco con el centro del objetivo, colocando en lugar del cristal una larga tira de película impresionable, que se desarrolla con cierta velocidad, lo que le dió por resultado, que aparecieran en la película una determinada série de imágenes.

—También he visto después de la sesión cinematográfica á un prestidigitador, el cual ha pedido un sombrero á uno de los espectadores. Al principio, nadie quería desprenderse del suyo, pero al fin, un caballero más generoso que los demás, se lo cedió.

—¿Y qué te parece á tí, Aurora; ha hecho bien ó mal, ese caballero, en ceder su sombrero al prestidigitador?

—A mí me parece que ha hecho mal, porque al buen señor se le ha devuelto con un agujero, por el que nos mostraba desde el escenario uno de sus dedos.

—No lo creas así, porque los prestidigitadores, como por ejemplo, el de esta noche, piden un sombrero ú otro objeto, que los espectadores les facilitan, y comienzan con su falacia á decir que el sombrero es de mediana calidad, que puede romperse, etc. etc., y entonces fingiendo quitarle una abolladura, y sin que el público se dé cuenta, hacen aparecer los dedos de la mano, la mitad de un huevo ú otros objetos.

Al dueño del sombrero no le agrada esto, pero supone que debe haber trampa y que no es el suyo el abollado ni el roto, ó que de serlo, el desperfecto es muy insignificante y por regla general nada.

En toda esta clase de juegos hay más ilusión que realidad; y cuantos ejercicios se practican tienen una ligera y sencilla explicación.

El juego del dedo, por ejemplo, obedece á que el prestidigitador dispone de un dedo de madera ó cartón, el cual en su extremo tiene adherida una aguja muy fina, la que por su parte superior introduce en el sombrero; introduce asimismo la mano en él y simula sa-

carlo por un agujero que tiene la prenda, y para hacer más palpable la visión, hasta le hace producir movimientos.

—He ahí lo que son las cosas; pues yo después de darle mil vueltas á la cabeza, no he podido explicarme el por qué de dichos experimentos, y he supuesto que los hombres que los ejecutaban eran sobrenaturales, privilegiados por Dios, ó que tenían un don especial para llevar á cabo tales ejercicios.

—Pues ya sabes; parecido á éste son la mayoría de los juegos que los prestidigitadores realizan; no obstante, la ignorancia llega á creer que son verdaderos milagros.

—Ya que tantas gracias debo dar á Dios por haberme concedido un padre tan bueno y tan instruído, ¿me permite que vaya á buscar el libro, para que me explique la lección de Historia Universal que llevamos para mañana en el colegio, y que la profesora ha ofrecido dos premios para las que más se distingan?

—¿Y de qué trata la lección á que te refieres?

—Del Japón.

—Me alegro muchísimo, puesto que así unimos á una cosa agradable, otra útil.

El planeta que habitamos se divide en cinco grandes partes, que son: Europa, Asia, Africa, América y Oceanía.

Uno de los pueblos más orientales del Asia, es el Japón, cuya existencia fué ignorada por los demás pueblos.

La vida histórica del Japón puede reducirse á las luchas sostenidas entre las familias más poderosas, para lograr el monopolio del mundo.

La raza que pobló el archipiélago japonés fué mongólica, y por lo tanto, los naturales de

este país son de un color amarillo y estatura pequeña; tienen carácter dulce, son muy frugales en la comida, pues ésta se reduce á pescados y arroz, y habitan en casas de madera casi en su totalidad.

No son aficionados al uso de alhajas, ni los hombres ni las mujeres.

Su religión fué el Sintoísmo, es decir, el culto á la naturaleza y á los espíritus.

De entre las principales producciones de su suelo, merece citarse el thé.

El origen de esta aromática planta, se debe á un verdadero milagro, según las tradiciones religiosas del país.

Un poderoso eremita, llamado Dharma, que vivió en época muy remota, había hecho voto de no dormir nunca, para no dejar de hacer sus oraciones; pero vencido por el sueño, se durmió un día profundamente. Para castigar su falta y con intención de no volver á caer en ella, se arrancó los párpados, y al día siguiente, donde éstos cayeron, habían salido unos arbustos, cuyas hojas, llevadas á la boca del solitario, produjeron una excitación alegre y extraordinaria, disponiéndose de esta manera á orar con más fervor y manteniéndose siempre despierto.

Los chinos, conocedores luego de las virtudes del thé, le llevaron á su país, donde se propagó rápidamente.



CAPÍTULO V.

LOS CINCO SENTIDOS



CAPÍTULO QUINTO

LOS CINCO SENTIDOS

Había terminado de comer nuestra familia, y Aurora hallábase entusiasmada contemplando una hermosa manzana que se encontraba en el frutero.

Mauricio, que era verdaderamente observador de sus hijos, fijóse en ello, y hubo de preguntarle qué era lo que tanto le entusiasmaba.

Aurora le indicó que el color tan vivo, á la vez que tan delicado de la manzana que había en el frutero, era lo que tan extraordinariamente llamaba su atención, pues á decir verdad era un color que se parecía muy mucho al del carmín.

—¿Y no te llama la atención, en ella, otra cosa que el color?

—Sí, señor; también aprecio el aroma que despide, y se me figura que, además de estas dos cualidades, debe estar adornada de la de tener un sabor exquisito.

—Así es, hija mía; y en vista de las analogías que existen, entre lo que acabamos de decir con los sentidos corporales, voy á hacerte

una sencilla explicación de ellos, puesto que tan importante es su conocimiento.

—¡Ay, papá, cuánto se lo agradezco y cuánto tengo que agradecerle!

—El mejor agradecimiento que un padre puede esperar de sus hijos es el de que, como tú, sean obedientes, humildes y que á la vez se aprovechen de las explicaciones y consejos de sus padres y Maestros, porque no todos los padres pueden ó saben educar á sus hijos, y esta falta la suplen los Maestros de primera enseñanza.

—¿Y por qué no pueden todos los padres educar á sus hijos como tú nos educas á nosotros?

—Por la muy sencilla razón de que en la mayoría de los casos, no pueden dedicarse con esa preferencia que suele hacerlo el Profesor de la niñez, teniendo en cuenta las obligaciones á que tienen que dedicarse para atender á las necesidades de la familia. Otros padres no pueden educar á sus hijos, porque el excesivo amor y cariño que les profesan, hace incompatible su educación. Y los más, porque carecen de la aptitud y conocimientos necesarios para llevarla á cabo en las debidas condiciones.

Pero dejemos esta digresión y vamos al asunto que nos ocupa, que es la explicación de los cinco sentidos que existen en el hombre.

Son éstos, pues, como sabrás por el colegio, vista, oído, olfato, gusto y tacto.

¿Por cuál de estos sentidos te parece á tí que has podido observar el color de la manzana y lo mismo que éste el que tienen las plumas del canario ú otro cualquiera?

—Yo creo que el de los ojos, ó sea el de la vista.

—¿Y tú crees que con los ojos, como tú dices, sin que intervenga ningún otro agente, se pueden apreciar los colores?

—Yo creo que sí.

—Pues bien; para que comprendas tu error, voy á demostrártelo con un ejemplo muy sencillo.

Cierra los cuartillos del balcón de manera que no penetre nada de luz y dime si, una vez cerrado y sin luz, aprecias lo mismo que antes el color de la manzana, el de las plumas del canario, etc. etc., ni aun siquiera los muebles que te rodean.

—No, señor; ahora no los veo.

—Pues ahora, lo mismo que antes, tienes el sentido de la vista.

—Sí, señor; mas ahora no tengo luz.

—Luego quedamos en que nos hace falta para ver los objetos, no solamente los ojos, sino que también es preciso, ó mejor dicho, necesitamos el agente exterior, denominado luz, por medio del cual se verifica el acto de la visión ó sentido de ver, en cuya virtud apreciamos la forma, color, magnitud, etc., de los objetos.

El ojo, especie de instrumento óptico, es un globo, de figura esférica imperfecta, puesto que es ligeramente aplanado por delante y por los lados.

Su estructura es la siguiente: Una membrana exterior llamada esclerótida, que cubre toda su superficie, excepto los dos agujeros que tiene, uno por delante y otro por detrás; es de color blanco, dura y como la caja de una máquina, en su forma.

En el agujero que hay delante y en su borde interior, está pegada, como un vidrio de

reloj, otra membrana llamada córnea. Por el agujero de atrás se dá paso al nervio óptico. Detrás de la córnea, y algo distante se encuentra el iris, membrana circular de varios colores que tiene en el centro un orificio llamado pupila, que dá paso á los rayos luminosos. El nervio óptico, atravesado por el orificio posterior de la esclerótica y coroides se dilata sobre la superficie de ésta y forma una tercera membrana llamada retina, que es uno de los órganos principales de la vista.

También existen en el ojo varios humores, como el acuoso, el cristalino, el vítreo, etc., etc.

—¿Y por qué uno de dichos humores se llama cristalino? ¿Es quizá, por ser transparente como el cristal?

—Precisamente por eso, hija mía.

—¿Y las cejas, los párpados y las pestañas, no son también partes del ojo?

—Sí, son los órganos protectores del mismo, para preservarlo del polvo y de otros varios agentes exteriores y perjudiciales.

El oído nos dá á conocer los sonidos en todas sus modificaciones de tono, intensidad, timbre, etc., lo que se observa perfectamente tocando el piano, por ejemplo, pues se aprecian y distinguen unos sonidos de otros.

El oído consta de tres partes: oído externo, oído medio y oído interno ó laberinto.

Otro día, pues hoy se nos va á hacer tarde, si hemos de decir algo de los otros tres sentidos restantes, completaremos el estudio del oído, que es muy interesante.

El sentido del gusto lo apreciamos por el sabor agradable ó desagradable que experimenta nuestro ser con las cosas que gustamos.

Si tomas un poco de miel te produce un

sabor agradablemente dulce, lo cual te sabe bien; pero si tomas un poco de vinagre, experimentas una impresión desagradable, por lo amargo de su sabor.

De manera que tú sabes apreciar y distinguir muy bien el sabor de los cuerpos, pues este conocimiento nos lo suministra el sentido del gusto, el cual reside principalmente en la lengua, y también en la bóveda del paladar, en las encías y en los labios.

El sentido del tacto, que nos dá á conocer la temperatura, la dureza, la blandura, la suavidad, etc., de los cuerpos, tiene su asiento en la piel, que es la síntesis del aparato táctil.

La piel consta de tres membranas, á saber: la epidermis, el tejido reticular y el dermis. La epidermis es la membrana exterior, insensible, carece de nervios y desempeña un papel importantísimo, puesto que sin ella nuestra sensibilidad resultaría muerta, lo que sucede cuando en una mano tenemos una herida ú otra enfermedad cualquiera, que no apreciamos las propiedades de los cuerpos, esto es, que no tenemos sensibilidad en la mano.

El tejido reticular, es la membrana que contiene los vasos sanguíneos y colorantes.

Y por último, el dermis es la membrana más profunda y en la que radica el sentido de la sensibilidad.

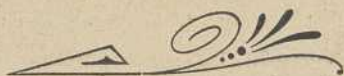
El último de los sentidos corporales es el olfato, que sirve para apreciar y distinguir los olores.

El aparato olfatorio tiene su apoyo en las fosas nasales.

Y una vez terminada la explicación, Aurorita y sus hermanitos se dirigieron muy ufanos al colegio.

CAPÍTULO VI.

LA CARIDAD



CAPÍTULO SEXTO

LA CARIDAD

Era doña Rosalía muy virtuosa y de los sentimientos altruistas de que se hallaba adornada, quería también hacer partícipes á sus hijos.

Y la noble señora no se daba tregua ni descanso para conseguir cuanto se proponía, siempre que tuviese un fin caritativo, porque la virtud mejor que puede poseerse y de la que debe estarse orgulloso, es la de la caridad, recomendada eficazmente por Nuestro Señor Jesucristo.

Los niños de doña Rosalía habían salido de paseo en compañía de las siervientas, porque dicha señora sentía los efectos de un fuerte constipado y no pudo salir con ellos, cosa que le contrariaba, puesto que no era de su agrado abandonarlos á mercenarias manos, en lo cual se distinguía de otras madres, que se congratulan en verse libres de sus hijos relegándolos al olvido y no acordándose de ellos, sino para hacerles alguna caricia de vez en cuando.

¿Que cuál es la causa de que doña Rosalía y las madres que se le asemejan tengan tedio,



aversión, etc., á encomendar los niños en manos extrañas?

La anécdota que voy á explicaros á continuación, os lo pondrá de manifiesto, queridos y queridas lectoras de este opúsculo.

Regularmente las chicas que se dedican á la profesión de niñeras, son desheredadas de la fortuna y por consiguiente, no han podido obtener ninguno de los conocimientos que se adquieren en dicha edad, y aunque parezca mentira, sería muy conveniente que fuesen muy bien educadas y regularmente instruídas, pues el trato constante con los niños y la propensión de éstos á imitar cuanto ven, hace necesarias las cualidades que dejamos anotadas. Sabemos también que las personas mal educadas é ignorantes, como son por regla general las niñeras, todo lo toman á risa y chacota y se burlan hasta de aquello que debiera inspirarles lástima, y echándoselas de graciosas hacen befa de seres desgraciados, que más que escarnio, merecen compasión y caridad.

Sentadas se hallaban en una plazoleta las criadas de doña Rosalía cuidando de sus niños, cuando acertó á pasar por aquellos lugares un pobre lisiado; al verlo, las muchachas comenzaron á reirse estrepitosamente, haciéndole señas para que se acercara al banco donde ellas estaban, para ultrajarle y hasta decirle palabras soeces.

Los niños, fieles imitadores por instinto, siguieron su ejemplo, y uno de ellos, el mayor, hasta llegó á coger una piedra, con la que tiró al pobre lisiado, no contento de haberle llenado de improperios; aunque tuvo la fortuna de que no le tocóse, porque Dios protege á los suyos, que son los pobres y los desvalidos.

Ahora bien; si estos niños hubieran ido acompañados de sus buenos y queridísimos padres, ¡cuán lejos de cometer tan denigrante acción! ¡Otra hubiera sido su manera de obrar!

Apenas llegaron á casa, los padres les preguntaron cómo habían pasado la tarde, y los niños, todos á una, contestaron que se habían divertido mucho.

—¿Y cuál ha sido la causa?—interrogaron aquellos.

Al oír esta pregunta, sus mejillas, como movidas por un resorte, se colorearon de rubor, de la vergüenza que les producía el tener que referir una acción mala á los autores de sus días.

¿Cuál es la causa por la que nuestra pequeña familia no se atrevía á articular una sola palabra?

La acusación de la conciencia que interiormente les afeaba su modo de obrar, que les decía que se habían conducido mal con aquel infeliz; porque ya sabemos que pecado no es otra cosa que la acusación de la conciencia, cuando no obramos con arreglo á los buenos y sanos principios de la moral.

En actitud silenciosa hubieran continuado mucho tiempo, pero el niño más pequeñito; el Benjamín de nuestra familia, con su lenguaje infantil, refirió á Mauricio y su esposa cuanto había acaecido.

Los padres castigaron á sus hijos, pero no de esa manera corporal y brutal que algunos emplean, sino por medio de la persuasión y ligera corrección, para hacerles comprender las ventajas de obrar bien y los inconvenientes de obrar mal.

Para convencerlos Mauricio, se expresó en los siguientes términos:

—Vamos á ver, Aurorita: ¿te gustaría á tí, que si hubieses tenido el defecto de la cojera ú otro semejante, se hubieran mofado de tí como vosotros lo habéis hecho esta tarde del pobre lisiado, porque tenía defectos físicos?

—No, señor; no me hubiera gustado, y no solamente tratándose de mí, sino de cualquiera de mis hermanitos.

—Pues has de saber, que todos tenemos defectos más ó menos perceptibles, porque perfecto solamente es Dios, hija mía, y además os recomiendo muy encarecidamente una máxima del Divino Maestro, que dice: «No quieras para nadie, lo que no quieras para tí»; donde debes sacar en ó como consecuencia, que si á tí no te hubiera gustado que contigo ni con tus hermanitos hubieran hecho lo que vosotros hicisteis con el pobre, tampoco vosotros debisteis haberlo hecho con él.

Así que os encargo eficazmente, que seáis caritativos con vuestros semejantes; que siempre que veáis ó presencéis alguna desgracia procuréis socorrerla, bien por medio de la limosna, bien prodigando frases de cariño y consuelo para aquellos que las necesitan; y si veis que algunos los desprecian ó se mofan de ellos, despreciad vosotros á éstos y echadles en cara su mal comportamiento, haciéndoles comprender que hay un Dios Justiciero que nos observa á todos, y que nos premiará ó castigará, según nuestras acciones.

Creo—dijo Mauricio á sus hijos—en vista de lo que acabáis de oír, que no volveréis á cometer la misma falta, antes al contrario, si otra vez os sucede, practicaréis con los desgraciados la gran obra de la caridad, y de esta manera os haréis acreedores á los elogios y al

cariño de todos, especialmente de vuestra bondadosa madre que, además de su enfermedad, sufre por lo que habéis hecho, á causa de no haber podido acompañaros.

Esta noche debiéramos castigaros por vuestro mal proceder, pero solo os prohibiremos asistir á nuestra cotidiana y pequeña tertulia, por ser lo que más os gusta.

Los niños, después de besar á sus papás, se fueron á dormir, arrepentidos de lo que habían hecho, y prometiéndose obrar de modo muy diferente si otra vez encontraban algún desgraciado, de los que tanto abundan.

Mauricio y su esposa, apenas los niños se acostaron, llamaron á las sirvientas y les reprendieron su mal comportamiento, amenazándolas con despedirlas si, en adelante, y sobre todo en presencia de los niños, volvían á darles ejemplos tan perjudiciales para la tierna infancia.



CAPÍTULO VII.

UNA LECCIÓN DE HISTORIA



CAPÍTULO SÉPTIMO

UNA LECCIÓN DE HISTORIA

Bastante aliviada de su dolencia doña Rosalía, aun cuando el Médico le había prohibido salir de casa por evitar una recaída, Mauricio la acompañaba para hacer más llevadera su enfermedad.

Las niñas mayores estaban muy tristes, estudiando una lección de Historia que tenía de obligación para aquel día en el colegio.

De pronto les sugirió una idea de lucidez, y se dirigieron á donde estaban sus papás.

Como la puerta estaba cerrada y nuestros niños habían sido educados desde sus primeros años á la fiel observación de las buenas reglas de educación, pidieron permiso para entrar, y una vez concedido, y en presencia de los autores de sus días, dijeron á su papá la causa y el objeto de su visita.

Mauricio, que ya sabemos era complaciente en extremo para con sus hijos, les manifestó que si querían que les explicase la lección de Historia que se refería á la guerra de Tebas.

—Sí, señor; porque hace lo menos ocho días

que la llevamos de lección y no nos la podemos aprender, porque es muy difícil.

Amparito dijo:

—A mí se me olvidan con gran facilidad los nombres tan raros y tan poco oídos que tiene.

—¿Pero no os la ha explicado vuestra Profesora?

—No, señor.

—¿Y por qué?

—Porque estos días ha tenido que dedicarse con predilección á las labores y ha carecido de tiempo, y como ayer nos advirtió que la estudiásemos para hoy y que nos la explicará, por eso hemos venido á que lo haga usted con anticipación, para sabérmola bien.

—Pues no os apuréis, que vuestro padre os la hará comprender de tal manera, que será difícil se os olvide jamás.

¿Dónde están vuestros hermanitos?

—En el jardín jugando.

—Id, pues, á llamarlos, porque es conveniente que también ellos oigan lo que voy á decir.

Quiero haceros comprender la lección de Historia que me habéis indicado de un modo agradable, por vía de juego, y para ello voy á distribuir los papeles, en la siguiente forma:

Aurora, tú vas á desempeñar el papel de reina y te llamarás Yocasta. Tú, Luciano, vas á ser el rey Layo. Amparito, la reina de Corinto. Y Enrique se llamará Edipo, hijo de Yocasta y Layo.

—Ahora ya voy recordando la lección— dijo Aurora.

—Pues ya veréis como cuando terminemos nuestro juego la sabéis muy bien, y eso que tanto os ha costado el estudiarla.

Layo y Yocasta tuvieron noticias por medio del Oráculo, de que tendrían un hijo, que sería muy desgraciado.

Este fué Edipo.

Sus padres, cuando nació, le abandonaron y fué recogido por unos pastores, que lo presentaron á la reina de Corinto.

Cuando hubo llegado á la mayor edad, se separó de Corinto y con su carro, como entonces era costumbre, se dirigió precisamente por el mismo camino que á la sazón y también en su carro, venía un venerable anciano, que era su padre.

¿Os acordáis cómo se llamaba?

Todos los niños á la vez, dijeron:

—Layo.

—Muy bien—repuso Mauricio.

Los dos viajeros se disputaron el camino y, Edipo, abalanzándose sobre el anciano, le mató sin saber que era su padre.

Los tebanos, después, ofrecieron la mano de la reina, viuda, al que adivinara los enigmas que les proponía una esfinge, y Edipo los adivinó, casándose con su misma madre.

De este matrimonio tan incestuoso, nacieron dos hijos y dos hijas.

Sabedor luego Edipo de los crímenes que había cometido, cuales fueron los narrados de matar á su padre y casarse con su madre, se mandó sacar los ojos en justo castigo.

De modo que ahí tenéis, hijos míos, explicada á grandes rasgos, la guerra de Tebas, que no es otra cosa, moralmente considerada, que un ejemplar castigo que los dioses impusieron á la ciudad, por los crímenes de Edipo.

—Te aseguro, papá—dijo Aurora—que ya no se me olvidan los nombres que tanto me

costaba retener en la memoria, y que creo son: Layo, Yocasta, y Edipo, hijo de los anteriores, el cual mató á su padre, sin saber que lo era, y se casó con su madre, sin conocerla.

— Muy bien: y ahora haced un rato compañía á vuestra mamá, mientras yo me voy á despachar un asunto de urgencia que tengo pendiente.

— ¡Ay mamá, qué ganas tenemos de que te pongas completamente buena! ¡Nos hace tanta falta tu compañía!

¿Te acuerdas que te dijimos ayer que no nos podíamos aprender la guerra de Tebas?

— Sí, ya recuerdo.

Pues ahora, con la explicación que nos ha dado papá, nos la sabemos muy bien.

— Si queréis, para que os distraigáis, mientras Mauricio termina su labor y vayáis después con él á dar un paseito, os referiré una de las fábulas que aprendí cuando era niña, y que todavía no he olvidado.

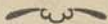
— Sí, mamá; y ya verás qué calladitos y atentos estamos.

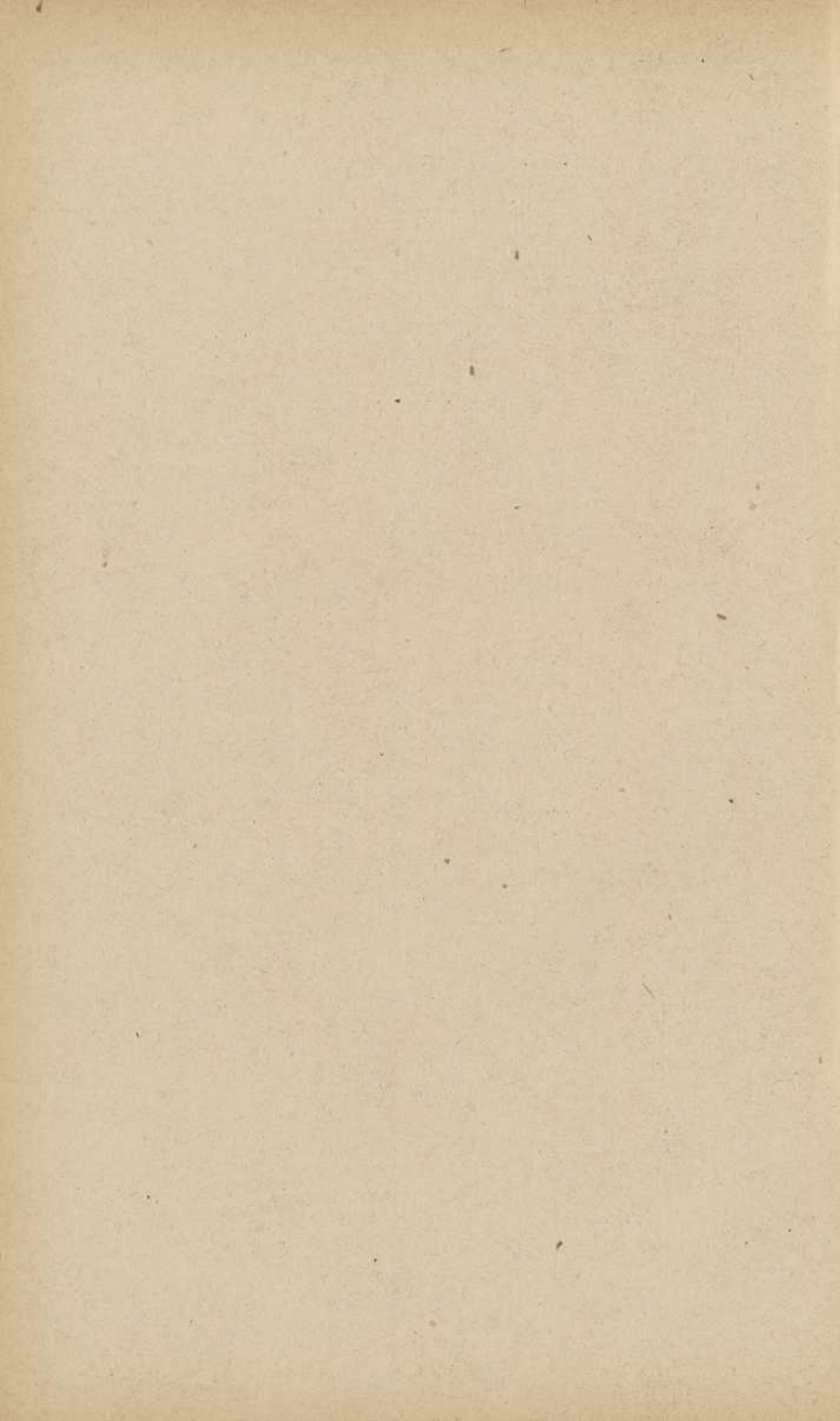
— Se titula

La hermosa y el espejo

Anarda la bella
tenía un amigo
con quien consultaba
todos sus caprichos.
Colores de moda
más ó menos vivos
plumas, sombrerete,
lunares y rizos

jamás en su adorno
fueron admitidos
si él no la decía:
gracioso, bonito.
Cuando su hermosura
llena de atractivo
en sus verdes años
tenía más brillo,
traidoras, la roban
(ni acierto á decirlo)
las negras viruelas
sus gracias y hechizos.
Llegóse al espejo,
este era su amigo;
y como se jacta
de fiel y sencillo,
lisa y llanamente
su verdad la dijo.
Anarda, furiosa,
casi sin sentido,
le vuelve la espalda
dando mil quejidos.
Desde aquel instante
cuentan que no quiso
volver á consultas
con el señor mío.
Escúchame, Anarda:
si buscas amigos
que te representen
tus gracias y hechizos
mas que no te adviertan
defectos ni aun vicios
de aquellos que nadie
conoce en sí mismo,
—Dime: ¿de qué modo
podrás corregirlos?





CAPÍTULO VIII.

BAUTIZO DE UNA MUÑECA



CAPÍTULO OCTAVO



BAUTIZO DE UNA MUÑECA



Se notaba en casa de nuestros protagonistas una gran algazara, producida por gritos de aquí, risas de allá y toda clase de entusiasmos que producen los acontecimientos extraordinarios.

Aurora, niña mayor de nuestra familia y entusiasmo de sus padres, cumplía el día que nos ocupa la edad de doce años y, para celebrar su fiesta onomástica, se simuló el bautizo de una de sus mejores amigas, como ella llamaba á una linda y preciosa muñeca, la que siempre tenía ataviada de lujosa y valiosa indumentaria.

Este día, Aurora madrugó mucho, con el objeto de ayudar á las criadas para tenerlo todo dispuesto á la hora de la merienda, á la que tenía invitadas á sus buenas amiguitas.

Todo estaba preparado y previsto para la ceremonia.

Un hermanito de Aurora iba á desempeñar las funciones de sacerdote; otro estaba designado para padrino; Amparito estaba destinada para madrina; los hermanitos menores serían los portadores de la vela, tohalla, etc., y las amigas, de acompañantes, juntamente con Aurora y sus padres.

La muñeca, además de sus hermosos trajes, estaría engalanada con una delicadísima mantilla y un gorro de encaje inglés, confeccionados por la heroína de la fiesta.

Ya en la capilla y todo dispuesto, Mauricio llamó al simulado sacerdote, que había de bautizar á la muñeca, y le indicó que lo primero que debía ventilarse, era el nombre que había de ponersele.

Hecha la pregunta por el sacerdote en funciones, Aurora le manifestó que se le impondrían los siete siguientes nombres: María Teresa, Juana, María de las Mercedes, Agapita, María Antonieta, Cornelia y Veturia.

Antes de comenzar el acto, el jefe de nuestra familia preguntó al que estaba encargado de administrar el bautismo, si sabía lo que significaba el sacramento mencionado.

—No, señor—contestó.

—Pues voy á explicártelo, porque no está bien que vayas á desempeñar unas funciones cuyo significado ignoras.

El Bautismo es uno de los siete Sacramentos instituídos por Nuestro Señor Jesucristo, que consiste en derramar agua natural sobre la cabeza del que se bautiza, diciendo con intención de bautizar: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

¿Y sabes para qué sirve este Sacramento?

—No, señor.

—Pues como todos ellos, sirve para borrar los pecados que hubiere en el que se bautiza, y además en éste se perdona el pecado original, porque es el primer Sacramento que se recibe.

—Pero papá, cuando nacemos como somos tan pequeñitos no tendremos pecados.

—Sí, hijo; todos nacemos en pecado, y el que tenemos al nacer, heredado de nuestros primeros padres, se llama pecado original.

—¿Qué es pecado original, cuyo significado no comprendo?

—Se llama pecado original, el cometido por nuestros primeros padres y con el que todos nacemos por herencia de aquellos.

—¿Y quiénes fueron nuestros primeros padres?

—Según la Biblia, en un principio creó Dios el mundo y todo cuanto en él existe, en cuya magna obra empleó seis días. El sexto día, dijo Dios: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, y tenga dominio sobre todos los seres de la tierra».

Dios colocó al hombre en un amenísimo y delicioso jardín llamado Paraíso Terrenal, el cual estaba provisto de toda clase de animales, árboles y plantas, pero el Supremo Hacedor, para probar la fé y obediencia de su criatura predilecta, implantó en tan hermoso jardín el arbol de la ciencia del bien y del mal, imponiendo á Adán el siguiente mandato: «De la fruta de todo arbol comerás, menos del de la ciencia del bien y del mal, porque si comieras morirías de muerte».

El Autor de la Creación no quiso que Adán

estuviese solo, y para darle compañía le infundió en profundo sueño y estando dormido, le sacó una de sus costillas, de la que formó á la primera mujer que se llamó Eva, que quiere decir madre de todos los hombres.

Adán y Eva eran sumamente felices, puesto que no carecían de nada absolutamente, por lo que el angel caído, ó sea el enemigo malo, esto es, el demonio, envidioso de su felicidad, trató de arrebatársela y para ello se valió del reptil llamado serpiente.

Satanás se introdujo en la serpiente, y ésta se enroscó en el arbol de la ciencia del bien y del mal.

Cuando se acercó Eva á dicho arbol, la serpiente le indujo á que comiera de su fruto, pero la madre de todos los hombres se abstuvo, obedeciendo el mandato de Dios.

—Porque os lo mandó Dios dejas de comer este sabrosísimo fruto?—dijo la serpiente á Eva.

—Y porque moriríamos de muerte en el momento de tocarlo—contestó ésta.

A lo que replicó el demonio:

—No moriréis si coméis de él; antes por el contrario, tan pronto como comáis se os abrirán los ojos, que tenéis cerrados, y seréis como Dios.

Eva, fascinada por estas palabras, contempló el arbol con curiosidad, y cuanto más lo miraba más delicioso le parecía, hasta que, atraída por su hermosura, cogió su fruto, comió de él y dió también á su compañero Adán, que también comió.

Y de esta manera desobedecieron el precepto del Autor de sus días, cometiendo la primera falta, el primer pecado, que por ser el

primero, recibió el nombre de pecado original, y este pecado, como todos los demás que hubiese cometido después de nacer, se perdonan al hombre, según te he dicho antes, por el Sacramento del Bautismo.

—¿Y no castigó Dios á Adán y Eva por haberle desobedecido?—preguntaron los niños á Mauricio.

—En pocas palabras voy á satisfacer vuestra curiosidad—contestó éste—puesto que se acerca la hora de que se verifique el bautizo.

Después de cometido el pecado, Dios llamó á Adán y le dijo: «Adán, Adán, ¿dónde estás?» Adán temblando, contestó: «Señor, he temido vuestra presencia, porque estaba desnudo».

—¿Y quién te ha dicho—le preguntó Dios—que estabas desnudo?

—Señor, he pecado contra Vos, ¡misericordia de mí!

—El haber comido de la fruta del árbol, te ha hecho perder la inocencia, esto es, la gracia de que estabas poseído.

—La mujer que me diste por compañera me dió á comer del fruto prohibido y comí.

Entonces Dios preguntó á Eva:

—¿Y tú por qué hiciste eso?

A lo cual Eva contestó:

—La serpiente me engañó y comí.

El Omnipotente, en vista de lo expuesto, castigó á la serpiente á vivir arrastrada por el suelo.

—Enemistades—le dijo—pondré entre tu semilla y mi semilla. Maldita serás entre todos los animales de la tierra. La mujer quebrantará tu cabeza y tú acecharás á su talón. Andarás errante sobre tu pecho, y correrás tierra toda tu vida.

Dirigióse después á Eva, y le dijo:

—Estarás en todo sujeta á la voluntad de tu marido y tendrás los hijos con dolores.

Y por último, á Adán pronunció la siguiente sentencia:

—Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas á la tierra, de que has salido, porque polvo eres y en polvo te has de convertir.

Y una vez que se penetraron de estas enseñanzas tan útiles, se verificó el bautizo de la muñeca, merendaron todos con gran algazara, y contentos y llenos de satisfacción, terminaron la celebración del cumpleaños de Aurora, deseando que se repitiese tan agradable fiesta por espacio de muchos años.



CAPÍTULO IX.

LOS NOMBRES
DE LA MUÑECA

CAPÍTULO NOVENO

LOS NOMBRES
DE LA MUÑECA



Si mal no recuerdo—dijo Mauricio á Enrique—me dijiste el otro día que á la muñeca, al simular el acto de bautizarla, ibais á ponerle siete nombres y entre ellos los de María Antonieta, Cornelia y Veturia.

—Estos nombres, aunque te parezcan insignificantes, tienen su importancia en la Historia, sobre todo el de María Antonieta, que era esposa del monarca Luis XVI, y en cuyo reinado tuvo lugar la Revolución Francesa, que conmovió á todo el mundo.

Se llama Revolución Francesa, al conjunto de los acontecimientos acaecidos desde la convocación de los Estados Generales, hasta la elevación al trono de Napoleón, ó sea desde el año 1789 al 1804.

Tanto en el orden político como en el social, fuera del Cristianismo, la Revolución Francesa es indudablemente uno de los sucesos más trascendentales que registra la Historia de la humanidad.

Las causas fundamentales de este hecho tan trascendental, fueron: 1.^a La aspiración de los pueblos á mejorar su condición política. 2.^a La igualdad que anhelaban, y 3.^a La miseria entre estas mismas clases, lo que precisaba, y con mucha urgencia, una reforma económica.

Luis XV, en la hora de su muerte, manifestó: «Después de mí, el diluvio».

Le sucedió su hijo Luis XVI, y éste entregó las riendas del Gobierno, á los Ministros Turgot y Necker.

El último de los susodichos Ministros, fué el que aconsejó la reunión de los Estados Generales, cuya reunión tuvo efecto el año 1889.

El tercer estado se declaró en contra del Clero y la nobleza. Los Diputados del mismo, dirigidos por Mirabeau, entre otros, se declararon en Asamblea nacional constituyente.

Habiendo suspendido el Rey la Asamblea, se reunieron en el juego de pelota, donde juraron no separarse hasta dar una Constitución á Francia.

La Asamblea constituyente, promulgó la nueva Constitución.

Cuando Luis XVI aprobó dicha Constitución, puede decirse que anuló el poder de la monarquía en Francia.

La Asamblea constituyente, una vez aprobada su Constitución, se disolvió, siendo reemplazada por la Asamblea Legislativa.

Luego se formó la Convención Nacional, que proclamó la República y acordó procesar al Rey, que fué condenado á muerte por mayoría de votos, algunos de los cuales fueron emitidos con frases brutalmente célebres, distinguiéndose entre ellos, uno que dijo: «Detesto la efusión de sangre, pero la sangre de un Rey,

no es sangre humana». Y otro que manifestó: «No hay pueblo libre, sin tirano muerto».

El Rey entregó su cabeza á la guillotina, que es una máquina de decapitación, recientemente inventada por aquel entonces y al subir al patíbulo, dijo al pueblo: «Muero inocente de los crímenes que se me imputan, y pido al Cielo que la sangre que hacéis derramar, no caiga sobre los franceses».

La República, para luchar contra sus enemigos, creó el Gobierno del Terror, contándose entre las muchas víctimas que éste produjo, á la Reina María Antonieta y á los Girondinos.

María Antonieta era hija de la ilustre María Teresa, y en su prisión fué tratada de un modo indecoroso, cometiéndose con ella la inhumanidad de separarla de su hijo, para entregárselo á un zapatero llamado Simón, en cuyo poder murió, víctima de sus malos tratamientos.

—¡Ay papá, qué interesante y qué bonito es cuanto nos acaba de contar! Ya solo falta que se tome la molestia de explicarnos los nombres de Cornelia y Veturia.

—En efecto: Cornelia y Veturia, son dos matronas romanas.

En el interior de Roma eran constantes las luchas entre patricios y plebeyos.

El Patriciado lo constituían las familias descendientes de los primitivos moradores de Roma y gozaban de exorbitantes privilegios.

Los plebeyos, que procedían de los pueblos que se habían incorporado al Tiber, tenían muchos deberes que cumplir, pero ningún derecho político.

Quejosos de todo esto los plebeyos, un día se salieron de la ciudad, estableciéndose en el Monte Aventino, llamado por otros Monte Sa-

grado, negándose á volver al pueblo, mientras el Senado no accediese á las condiciones que se le impusieran.

Entre éstas figuraban la creación de los Magistrados populares, que se llamarían Tribunos de la Plebe.

El joven patricio Caroliano, que era enemigo de la dicha Constitución, propuso que no se diera pan á los plebeyos, sino á condición de abolir la potestad tribunicia.

Por esta causa Caroliano fué desterrado, pero luego se acogió á los Volscos, y al frente de ellos marchó sobre Roma, con el objeto de destruirla y saquearla, pero levantó el sitio á ruegos de su madre, que se llamaba Veturia.

Cuando Caroliano la vió, quiso abrazarla, mas ella lo rechazó, diciendo: «Tú no eres mi hijo, que nunca las matronas romanas llevaron en su seno enemigos de la patria». Y como quiera que apesar de lo sucedido, aquel no accediese á los ruegos de su madre, ésta, desprendiéndose de él, le dijo: «Cumple con tu deber, pero ten por entendido, que no entrarás en Roma, si nó es pasando por encima del cadáver de tu madre».

Entonces Caroliano se abrazó á Veturia y le dijo: «Madre, tú salvas á Roma, pero pierdes á tu hijo».

Habiendo levantado el sitio Caroliano, sus tropas irritadas, le dieron muerte.

Algunos historiadores colocan este suceso, como otros muchos de la primitiva historia romana, en la categoría de leyenda.

De Cornelia cuéntase también, que un día le estaba mostrando una señora todas sus alhajas para excitarle la envidia y le dijo: «Muéstreme usted las suyas».

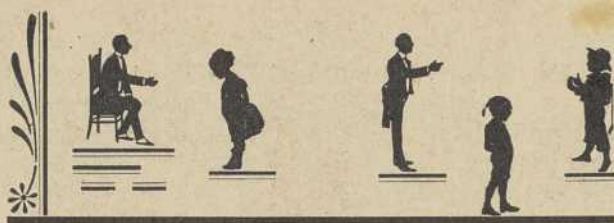
A lo que esta noble matrona contestó, mostrándole sus hijos: «He aquí mis verdaderas joyas».

De manera que cuando jugando llaméis á la muñeca, por ejemplo, María Antonieta, recordaréis la Revolución Francesa, y lo mismo os sucederá con respecto á los demás nombres que le habéis impuesto, particularmente los de Veturia y Cornelia.



CAPÍTULO X.

LOS EXÁMENES



CAPÍTULO DÉCIMO

LOS EXÁMENES

Habíamos llegado al mes de junio, en el que por regla general tienen lugar los exámenes de las escuelas de Instrucción primaria, que no vienen á ser otra cosa que un acto donde se prueba la suficiencia de cada niño ó niña ante un tribunal competente.

En los referidos exámenes, demuestran los niños los conocimientos que poseen en las diferentes asignaturas que abraza el programa oficial.

En el caso á que nos referimos, estaba examinándose un niño de lectura, pero era la lectura de un trozo previamente preparado y repetido un día y otro día, anteriores al del examen, y que el Maestro ó Maestra había elegido para que se leyera ante el tribunal examinador.

El trozo á que nos referimos en el párrafo anterior, era uno de las composiciones inéditas del inmortal dramaturgo don José Zorrilla, una de las glorias de la Nacionalidad Española, cuyo título es: «A buen Juez, mejor testigo».

Este punto fué elegido á prevención por el Maestro de la escuela que nos ocupa; porque todos los de su clase eligen, por regla general, lecturas amenas é instructivas, cual es la de que nos ocupamos, con el objeto de despertar en sus discípulos el sentimiento de lo bello.

Y así sucedió con Aurora y sus hermanitos, que habiéndole oído leer y entusiasmados con su contenido, suplicaron á su papá que se les repitiese para comprenderlo mejor, y á ser posible, aprendérselo de memoria.

Mauricio, padre cariñosísimo y complaciente, accedió á los deseos de sus hijos, y les leyó la dicha composición:

I

Entre pardos nubarrones
pasando la blanca luna,
con resplandor fugitivo
la baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
juguetona no murmura,
y las veletas no giran
entre la cruz y la cúpula;
tal vez un pálido rayo
la opaca atmósfera cruza,
y unas entre otras las sombras
confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
un momento se columbran
como lanzas de soldados
apostados en la alura.
Reverberan los cristales
la trémula llama turbia,
y un instante entre las rocas
riela la fuente oculta.

Los álamos de la vega
parecen en espesura
de fantasmas apiñados
medrosa y gigante turba;
y alguna vez desprendida
gotea pesada lluvia,
que no despierta á quien duerme
ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
entre la sombra confusa
y el Tajo á sus pies pasando,
con pardas ondas la arrulla.
El monótono murmullo
sonar perdido se escucha
cual si por las hondas calles
hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
cuando á lo lejos susurran
los álamos que se mecen,
las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
que el sueño del triste endulzan
y en tanto que sueña el triste
no le aqueja su amargura.

.....

Tan en calma y tan sombría
como la noche que enluta
la esquina en que desemboca
una callejuela oculta,
se vé de un hombre que aguarda
la vigilante figura
y tan á la sombra vela
que entre la sombra se ofusca.
Frente por frente á sus ojos
un balcón á poca altura
deja escapar por los vidrios
la luz que dentro la alumbra,

mas ni en el claro aposento
ni en la callejuela obscura
el silencio de la noche
rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo
que pudiera haberse duda
de si es hombre ó solamente
mentida ilusión nocturna;
pero es hombre y bien se vé,
porque con planta segura,
ganando el centro á la calle,
resuelto y audaz pregunta:
—¡Quién va!—y á corta distancia
el igual compás se escucha
de un caballo que sacude
las sonoras herraduras.
—¿Quién vá?—repite; y, cercana,
otra voz menos robusta
responde:—Un hidalgo. ¡Calle!
y el paso el bruto apresura.
—¡Téngase el hidalgo!—El hombre
replica y la espada empuña.
—Ved más bien si me haréis calle
repusieron con mesura—
que hasta hoy á nadie se tuvo
Iván de Vargas y Acuña.
—Pase el Acuña, y perdone,
dijo el mozo en faz de fuga;—
pues teniéndose el embozo
sopla un silbato y se oculta.
Paró el ginete á una puerta
y con precaución difusa
salió una niña al balcón
que llama interior alumbra.
—¡Mi padre!—exclamó en voz baja;—
y el viejo en la cerradura
metió la llave, pidiendo

á sus gentes que le acudan.
Un negro, por ambas bridas
tomó la cabalgadura;
cerróse detrás la puerta,
y quedó la calle muda.
En esto desde el balcón,
como quien tal acostumbra,
un mancebo por las rejas
de la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
hizo cara á Iván de Acuña
y huyeron, en el embozo
velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena
pasa la siguiente tarde,
y el sol, tocando su ocaso,
apaga su luz gigante.
Se vé la imperial Toledo
dorada por los remates,
como una ciudad de grana
coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
sus anchos cimientos lame,
dibujando en las arenas
las ondas con que las bate
y la ciudad se retrata
en las ondas desiguales,
como en prendas de que el río
tan afanoso la bañe.
A lo lejos en la vega
tiende galán, por sus márgenes,
de sus álamos y huertos
el pintoresco ropaje;
y porque su altiva gala

más á los ojos halague
la salpica con escombros
de castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
que toda una historia vale,
cada colina un secreto
de príncipes ó galanes.
Aquí se bañó la hermosa
por quien dejó un rey culpable
amor, fama, reino y vida
en manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
á su receloso amante,
en esa cuesta que entonces
era un plantel de azahares.
Allá, por aquella torre,
que hicieron puerta los árabes,
subió el Cid sobre Babieca,
con su gente y su estandarte.
Más lejos se vé al castillo
de San Servando, ó Cervantes
donde nada se hizo nunca
y nada al presente se hace.
A este lado está la almena
por dó sacó vigilante
el conde don Peranzules
al rey, que supo una tarde
fingir tan tenaz modorra
que político y constante
tuvo siempre el brazo quedo
las palmas al horadarle.
Allí está el Circo Romano,
gran cifra de un pueblo grande,
y aquí la antigua Basílica
de bizantinos pilares,
que oyó en el primer Concilio
las palabras de los Padres

que velaron por la Iglesia
perseguida ó vacilante.
La sombra en este momento
tiende sus turbios cendales
por todas esas memorias
de las pasadas edades,
y del Cambrón y Visagra
los caminos desiguales
camino á los toledanos
hacia las murallas abren,
los labradores se acercan
al fuego de sus hogares
cargados con sus aperos
cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
se tornan con paso grave,
calado el ancho sombrero,
abrochados los gabanes;
y los Clérigos y Monjes
y los Prelados y Abades
sacudiendo el leve polvo
de capelos y sayales.
Quédase solo un mancebo
de impetuosos ademanes
que se pasea ocultando
entre la capa el semblante;
los que pasan le contemplan
con decisión de evitarle,
y él contempla á los que pasan
como si á alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
los pasos al divisarle
cual temiendo de seguro
que les proponga un combate;
y los valientes le miran
cual si sintieran dejarle,
sin que libres sus estoques

en riña sonora dancen.
Una mujer también sola
se viene el llano adelante
la luz del rostro escondida
en tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso
y en lo flexible del talle,
puede á través de los velos
una hermosa adivinarse.
Váse derecha al que aguarda,
y él al encuentro la sale
diciendo..... cuanto se dicen
en las citas los amantes.
Mas ella galanterías
dejando severa aparte,
así al mancebo interrumpe
en voz decisiva y grave:
—Abreviemos de razones,
Diego Martínez; mi padre,
que un hombre ha entrado, en su ausencia,
dentro mi aposento sabe;
y así, quien mancha mi honra,
con la suya me la lave;
ó dadme mano de esposo,
ó libre de vos dejadme.
Miróla Diego Martínez
atentamente un instante,
y, echando á un lado el embozo
repuso palabras tales:
—Dentro de un mes, Inés mía,
parto á la guerra de Flandes;
al año estaré de vuelta,
y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca
con honra mía se lave;
que por honra vuelven honra
hidalgos que en honra nacen.

—Júralo—exclamó la niña
—Más que mi palabra vale
no te valdrá un juramento.
—¡Vive Dios que estás tenaz!
—Dalo por jurado y baste.
—No me basta; que olvidar
puedes la palabra en Flandes.
—¡Voto á Dios! ¿Qué más pretendes?
—Que á los pies de aquella imagen
lo jures como cristiano,
del Santo Cristo delante.
Vaciló un punto Martínez
mas, porfiando que jurase,
llevóle Inés hacia el Templo
que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero,
en duro y postrero trance
ceñida la sien de espinas,
descolorido el semblante
veíase allí un Crucifijo
teñido de negra sangre,
á quien Toledo devota
acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
llegaron ambos amantes,
y haciendo Inés que Martínez
los sagrados pies tocase
preguntóle:—Diego ¿juras
á tu vuelta desposarme?
Contestó el mozo:—¡Sí juro!
y ambos del Templo se salen.

III

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había;

mas de Flandes no volvía
Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés
su vuelta aguardando en vano:
oraba un mes y otro mes,
del Crucifijo á los pies
do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía
después de traspuesto el sol,
y á Dios llorando pedía
la vuelta del español
y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
sin dueña y sin escudero,
en un manto una mujer
el campo salía á ver
el alto del miradero.

¡Ay del triste que consume
su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
que el duelo con que él se abrume
al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los Cielos
precioso y funesto don,
pues los amantes desvelos
cambian la esperanza en celos
que abrazan el corazón.

Si es cierto lo que se espera
es un consuelo en verdad;
pero, siendo una quimera,
en tan frágil realidad
quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
sin acabar de esperar,
y su tez se marchitaba
y su llanto se secaba
para volver á brotar.

En vano á su confesor
pidió remedio ó consejo
para aliviar su dolor;
que mal se cura el amor
con las palabras de un viejo.

En vano á Iván acudía
llorosa y desconsolada:
el padre no respondía,
que la lengua le tenía
su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella
callando el padre severo
y suspirando la bella,
porque nació mujer ella
y el padre nació altanero.

Dos años al fin pasaron
en esperar y gemir
y las guerras acabaron,
y los de Flandes tornaron
á sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y el tercer año corria;
Diego á Flandes se partió
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena
doraba el sol de Occidente
del tajo la vega amena,
y apoyada en una almena
miraba Inés la corriente.

Ivan las tranquilas olas
las riberas azotando
bajo las murallas solas,
musgo, espigas y amapolas
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido
creció entre la hierba blanda

sobre las aguas tendido
se reflejaba perdido
en su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado
entre su fresca espesura
daba al aire embalsamado
su cántico regalado
desde la enramada oscura.

Y algún pez con cien colores
tornasolada la escama,
saltaba á besar las flores
que exhalan gratos olores
á las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
el torreón se dibuja,
como el contorno redondo
del hueco sombrío y hondo
que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
el rigor de su fortuna
y así la tarde pasaba
y al horizonte trepaba
la consoladora luna.

A lo lejos por el llano,
en confuso remolino,
vió de hombres tropel lejano,
que en pardo polvo liviano
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón
y llegando recelosa
á las puertas del Cambrón
sintió latir zozobrosa
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero
dejó ver la escasa luz,
por bajo el arco primero
un hidalgo caballero

en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
banda azul, lazo en la hombrera,
y, sin pluma, al diestro lado
el sombrero derribado,
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
bota de ante, espuela de oro,
hierro al cinto suspendido
y á una cadena prendido
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete
sobre potros jerezanos
de lanceros hasta siete
y en adarga y coselete
diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés
gritando:—Diego ¿eres tú?
y él viéndola de través
dijo:—¡Voto á Belcebú
que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido
tal respuesta al escuchar
y á poco perdió el sentido
sin que más voz ni gemido
volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas
encomendóla á su gente
diciendo:—¡Malditas viejas,
que á las mozas malamente
enloquecen con consejas!

Y aplicando el capitán
á su potro las espuelas
el rostro á Toledo dan
y á trote cruzando van
las obscuras callejuelas.

IV

Así por sus altos fines
dispone y permite el Cielo
que puedan mudar al hombre
fortuna, poder y tiempo.
A Flandes partió Martínez
de soldado aventurero,
y por su suerte y hazañas,
allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores
alzábase en pensamientos,
y tanto ayudó en la guerra
con su valor y altos hechos
que el mismo Rey á su vuelta
le armó en Madrid caballero,
tomándole á su servicio
por capitán de lanceros.
Y otro no fué que Martínez
quien ha poco entró en Toledo,
tan orgulloso y ufano
cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige
cobrado el conocimiento,
la amorosa Inés de Vargas
que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
olvidó su nombre mesmo,
puesto que Diego Martínez
es el capitán don Diego,
ni se ablanda á sus caricias
ni cura de sus lamentos,
diciendo que son locuras
de gentes de poco seso;
que ni él prometió casarse
ni pensó jamás en ello.

¡Tanto mudan á los hombres
fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
con amenazas y ruegos;
cuanto más ella importuna
está Martínez severo.
Abrazada á sus rodillas,
enmarañado el cabello,
la hermosa niña lloraba
prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
porque el capitán don Diego
no ha de ser Diego Martínez,
como lo era en otro tiempo.
Y así, llamando á su gente,
de amor y piedad ajeno,
mandóles que á Inés llevaran
de grado ó de valimento.
Mas ella antes que la asieran
cesando un punto en su duelo,
así habló, el rostro lloroso
hacia Martínez volviendo:
—Contigo se fué mi honra,
conmigo tu juramento,
pues buenas prendas son ambas
en buen fiel las pesaremos.
Y la faz descolorida
en la mantilla envolviendo,
á pasos desatentados
salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo,
por el Rey gobernador,
el justiciero y valiente
don Pedro Ruiz de Alarcón.

Muchos años por su patria
el buen viejo peleó;
cercenado tiene un brazo,
mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
los jueces en derredor,
los corchetes á la puerta
y, en la derecha el bastón.
Está como Presidente
del Tribunal superior,
entre un dosel y una alfombra
reclinado en un sillón,
escuchando con paciencia
la casi asmática voz
con que un tétrico escribano
solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
al murmullo arrullador,
los jueces medio dormidos
hacen pliegues al ropón,
los escribanos repasan
sus pergaminos al sol.
Los corchetes á una moza
guiñan en un corredor,
y abajo en Zocodover
gritan en descorde son
los que en el mercado venden
lo vendido y el valor.
Una mujer en tal punto
en faz de grande aflicción,
rojos de llorar los ojos
ronca de gemir la voz
suelto el cabello y el manto
tomó plaza en el salón,
diciendo á gritos:— ¡Justicia,
Jueces! ¡Justicia, señor!
Y á los pies se arroja humilde

de don Pedro de Alarcón,
en tanto que los curiosos
se agitan en derredor.
Alzóla cortés don Pedro
calmando la confusión
y el tumultuoso murmullo
que esta escena ocasionó,
diciendo:—Mujer, ¿qué quieres?
—Quiero justicia, señor.

—¿De qué?

—De una prenda hurtada.

—¿Qué prenda?

—Mi corazón.

—¿Tú le diste?

—Le presté.

—¿Y no te le han devuelto?

—No.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—¿Y promesa?

—Sí, ¡por Dios!

que, al partirse de Toledo,
un juramento empeñó.

—¿Quién es él?

—Diego Martínez.

—¿Noble?

—Y capitán, señor.

—Presentadme al capitán,
que cumplirá, si juró.

Quedó en silencio la sala,
y á poco, en el corredor,
se oyó de botas y espuelas
el acompasado son.

Un portero, levantando
el tapíz en alta voz
dijo:—El capitán don Diego;
y entró luego en el salón

diego Martínez, los ojos
llenos de orgullo y furor.

—¿Sois el capitán don Diego—
díjole don Pedro—vos?

Contestó altivo y sereno

Diego Martínez:

—Yo soy.

—¿Conocéis á esta muchacha?

—Ha tres años, salvo error.

—¿Hicisteis el juramento
de ser su marido?

—No.

—¿Juráis no haberlo jurado

—Sí, juro.

—Pues id con Dios.

—¡Miente!—clamó Inés, llorando
de despecho y de rubor.

—Mujer, ¡piensa lo que dices!

—Digo que miente: juró.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

Capitán, idos con Dios,
y dispensad que, acusado,
dudara de vuestro honor.

Tornó Martínez la espalda
con brusca satisfacción,
é Inés que le vió partirse,
resuelta y firme gritó:

—¡Llamadle! Tengo un testigo
¡llamadle otra vez, señor!

Volvió el capitán don Diego,
sentóse Ruiz de Alarcón,
la multitud aquietóse
y la de Vargas siguió:

—Tengo un testigo á quien nunca
faltó verdad ni razón.

—¿Quién?

—Un hombre que de lejos
nuestras palabras oyó,
mirándonos desde arriba.

—¿Estaba en algún balcón?

—No; que estaba en un suplicio
donde ha tiempo que expiró.

—¿Luego es muerto?

—No, que vive.

—¿Estáis loca? ¡vive Dios!

¿Quién fué?

—El Cristo de la Vega
á cuya faz perjuró.

Pusiéronse en pie los Jueces
al nombre del Redentor,
escuchando con asombro
tan excelsa apelación.

Reinó un profundo silencio
de sorpresa y de pavor,
y Diego bajó los ojos
de vergüenza y confusión.

Un instante con los Jueces
don Pedro en secreto habló
y levantóse diciendo
con respetuosa voz:

—La Ley es Ley para todos;
tu testigo es el mejor,
mas, para tales testigos,
no hay más tribunal que Dios.
Haremos. . . . lo que sepamos.
Escribano: al caer el sol,
al Cristo que está en la vega
tomaréis declaración.

VI

Es una tarde serena,
cuya luz tornasolada
del purpurino horizonte
blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
sus hojas plegando exhalan,
y el cófiro, entre perfumes,
mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
con suave rumor las aguas
y las aves en la orilla
despidiendo al día cantan.
Allá por el miradero,
por el Cambrón y Visagra,
confuso tropel de gente
del Tajo á la vega baja.
Vienen delante don Pedro
de Alarcón, Iván de Vargas,
su hija Inés, los escribanos,
los corchetes y los guardias
y detrás monjes, hidalgos,
mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
en la vega les aguarda,
cada cūal comentando
el caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,
bigote á la borgoñesa,
melena desmelenada,
el sombrero guarnecido

con cuatro lazos de plata,
un pie delante del otro
y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
le miran de entre las capas,
los chicos al uniforme,
y las mozas á la cara.
Llegado el Gobernador
y gente que le acompaña,
entraron todos al claustro
que Iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
cuatro cirios y una lámpara,
y de hinojos un momento
oraron allí en voz baja.
Está el Cristo de la Vega
la cruz en tierra posada,
los pies alzados del suelo
poco menos de una vara.
Hacia la severa Imagen
un Notario se adelanta,
de modo que con el rostro
al pecho santo llegaba.
A un lado tiene á Martínez,
á otro lado á Inés de Vargas;
detrás el Gobernador
con sus Jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
la acusación entablada,
el Notario á Jesucristo
así demandó en voz alta:
—Jesús, Hijo de María,
ante nos esta mañana
citado como testigo
por boca de Inés de Vargas:
—¿Juráis ser cierto que un día,
á vuestras divinas plantas,

juró á Inés, Diego Martínez
por su mujer desposarla?
Asida á un brazo desnudo
una mano atarazada,
vino á posar en los autos
la seca y bendita palma,
y, allá en los aires—¡Sí juro!
clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
la vista á la Imagen santa.....
los labios tenía abiertos
y una mano desclavada.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y, espantado de sí propio,
Diego Martínez también.
Los escribanos, temblando,
dieron de esta escena fé,
firmando como testigos
cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y don Pedro de Alarcón
el altar ordenó hacer,
donde hasta el tiempo que corre
y en cada año una vez,
con la mano desclavada
el Crucifijo se vé.



CAPÍTULO XI.

UN DÍA FESTIVO.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

UN DÍA FESTIVO

Doña Rosalía, como todas las buenas madres que son excesivamente amantes de sus hijos, dedicaba los días festivos á inculcarles buenos ejemplos y prácticas piadosas.

Uno de estos días se dirigía dicha señora al Templo con sus cinco hijos para cumplir los preceptos establecidos por nuestra Sacrosanta Religión; pero antes de conducirlos á la Casa de Dios, les dió algunas reglas encaminadas á la manera de dirigirse en tan Sagrado lugar.

—Habéis de saber, hijos míos—decía doña Rosalía—que nos dirigimos en estos momentos á la Casa del Señor, que es sitio de oración y recogimiento; en ella debemos elevar nuestras potencias á Dios, á quien todo debemos, suplicándole que nos dispense sus dones y gracias para continuar disfrutando cuantos beneficios nos prodiga; vuestra compostura debe ser respetuosa, y vuestras acciones las de la más exquisita educación; porque si en una casa particular, cuando vamos de visita, hemos

de guardar todas las consideraciones que exige una buena educación, con mucho más motivo debemos comportarnos mejor al visitar el Templo del Señor, que es á quien todo debemos, puesto que le debemos la vida. Así que en dicha Casa la sumisión, respeto, compostura, atención á los actos que presenciemos, etc., etc., será nuestro guía, porque así se lo merece la jerarquía del Ser que en la misma Casa se venera.

En vista de las anteriores exhortaciones, Enrique y Luciano se quitaron el sombrero al llegar al dintel de la puerta, y no se le volvieron á poner hasta que, terminado el Santo Sacrificio de la Misa, salieron de la Iglesia; al entrar procuraron no hacer ruido ni llamar la atención de las personas que en el Templo había, y tal fué la compostura que en la Casa de Dios guardaron que, apesar de su corta edad, no molestaron en lo más mínimo á ninguno de los fieles.

Dirigiéndose doña Rosalía á Aurora y Amparo, les dijo:

—No recéis, hijas mías, en voz alta, para que así no interrumpáis la devoción de los demás; si veis á alguna de vuestras amiguitas, no os detengáis á hablar con ellas, contentaros solo con saludarlas, haciéndoles una ligera inclinación de cabeza; y no volváis tampoco la vista atrás, porque esto puede distraer á los oyentes interrumpiéndoles sus oraciones. Es conveniente que no olvidéis la buena práctica de hacer una genuflexión al pasar por delante del Sagrario, que es el sitio donde está colocado Nuestro Señor Sacramentado.

¿Sabéis lo que es genuflexión?

—Sí, porque la Profesora nos lo enseña en el colegio, y nos dice que se hace doblando la rodilla derecha, cuando Nuestro Señor no está expuesto, y doblando las dos, si lo está.

De esta manera, iba siempre nuestra buena señora inculcando en sus hijos estas ideas sublimes, haciéndoles bien educados y enseñándoles todo aquello que debían practicar.

Después de haber oído religiosamente Misa, se dirigieron hacia su casa, donde les esperaba Mauricio.

Llegada la hora de la comida, éste vigilaba constantemente á sus hijos, porque le impresionaba de una manera desagradable, que no observaran durante ella las buenas formas que la sociedad exige; diferenciándose en esto de otros padres, que no se ocupan más que de comer, y no advierten que sus hijos no guardan las debidas formas.

¿Y qué resulta de este abandono? Lo que es natural que suceda; que un día, por ejemplo, uno de los amigos que frecuentan la casa, les invitan á comer, merendar ó cenar por cualquier solemnidad; y he aquí los apuros de los padres; no pueden dejarlos, porque no saben presentarse en las debidas formas á la mesa; ó si les dejan, empiezan por decirles: «Mira, hijo mío; cuando vayas á comer, no te sientes hasta que se hayan sentado todos los demás; no pongas en la mesa todo el antebrazo; cuando bebas, no hagas ruido; las espigas ó huesos no los dejes en el mantel, como haces en casa, sino en el lado del plato, etc., etc.»; pero el niño que no está acostumbrado á todo esto, cuando llega á la casa donde debía poner en práctica las reglas que anteriormente le han dado sus pa-

pás, se le olvidan, como es lo natural, y hace todo lo contrario.

He aquí la diferencia entre unos padres y otros.



CAPÍTULO XII.

EL RAMO DE FLORES



CAPÍTULO DUODÉCIMO



EL RAMO DE FLORES



Los niños de que nos venimos ocupando, una vez que hubieron tenido lugar los exámenes en los colegios á que asistían, les concedieron cuarenta días de vacaciones caniculares, y algunas tardes que la bondad del tiempo lo permitía, iban de paseo con sus papás.

Una de las hermosas tardes del mes de agosto, se dirigieron con su padre, porque Rosalía estaba ocupadísima en arreglar las ropas de la semana, á una huerta distante de la ciudad.

Cuando á ella hubieron llegado, los niños se entretuvieron en recoger flores de todas clases y con ellas formaron un hermoso ramillete para regalárselo á su querida mamá, ya que por sus muchas ocupaciones no había podido acompañarles con gran sentimiento de los excursionistas.

También á su papá le ofrecieron un capulito muy chiquirritín y monísimo, que se lo colocó en el ojal de la solapa de su americana.

—Y á propósito—dijo Mauricio—vosotros

que habéis cogido esta tarde tantas flores, ¿sabéis definirme la flor?

—Sí, papá—contestó Enrique—precisamente en el exámen me hizo idéntica pregunta el Profesor. Flor es el conjunto de hojas modificadas y verticiladas.

—Muy bien. Vamos á ver Lucianito, ¿te acuerdas tú de cuántas partes esenciales se componen las flores que tú mismo has cogido?

—La flor consta ordinariamente de cuatro partes esenciales, denominadas: cáliz, corola, estambres y pistilos.

—Todas esas cuatro partes—interrumpió Mauricio—son igualmente necesarias.

—No, señor—dijo Luciano—el cáliz y la corola no son esenciales, pero sí lo son los estambres y los pistilos.

—Aurorita, ¿podrías decirnos tú qué vienen á representar cada una de esas cuatro partes?

—Sí, señor; los estambres y los pistilos, que son los más esenciales, vienen á representar respectivamente, á los órganos machos y hembras; y el cáliz y la corola, no son otra cosa que cubiertas florales.

—Ahora, puesto que la ocasión se nos presenta propicia, voy á ampliar un poquito más los conocimientos que tenéis de las flores.

La flor, hijos míos, puede ser completa é incompleta.

La flor es completa, cuando tiene cáliz, corola, estambres y pistilos. Y es incompleta, cuando le falta alguna cubierta floral.

¿Os acordáis á lo que hemos llamado cubiertas florales?

—Sí, señor; al cáliz y á la corola.

—También se llaman las flores hermafrodi-

tas, si en el mismo receptáculo tiene estambres y pistilos, denominándose unisexual macho, si solo tiene estambres; y unisexual hembra, si solo tiene pistilos; y se denomina neutra, la que carece de estambres y pistilos.

El cáliz es la cubierta floral externa, y por regla general está provista comunmente del color verde; la corola es la cubierta floral interna; tiene casi siempre colores vivos, careciendo en absoluto del color verde.

Esta puede ser monopétala y polipétala, llamándose por tanto, pétalos, las partes de que se compone la flor.

Los estambres, son los órganos masculinos; y pistilos, los órganos femeninos de la flor.

Aurorita, que era la encargada de conducir á casa para entregárselo á su mamá, el ramo de flores que habían confeccionado, buscó el medio de llevarlo más cómodamente, y para ello pidió á sus hermanos una cuerda con que poder atarlo. Lucianito se registró sus bolsillos y encontró una goma, con la que se propusieron atarlo, pero salieron frustrados sus deseos, porque la goma se les rompió en la operación.

En este momento se unió Mauricio á sus hijos, puesto que ya se aproximaba la hora de regresar á casa.

Por el camino preguntó á Luciano: ¿Sabes por qué se te ha roto la goma?

—No, señor—contestó éste.

—Porque al dilatarla has pasado de su límite.

—¿Y qué es eso de límite en la goma?—preguntó Lucianito.

—Pues límite en los cuerpos elásticos, como es la goma que nos ocupa, es la propiedad que

tienen de no volver á recobrar su fuerza, ni volumen anteriores.

—¿Y qué es elasticidad, papá?

—Elasticidad, es la propiedad que tienen los mismos cuerpos de recobrar su volumen y forma, cuando cesa la causa que los cambió anteriormente.

Por ejemplo puede servirnos el mismo de esta tarde: Una goma estirada se alarga, pero cuando cesa la fuerza se contrae. Una lámina plana de acero se encorva cuando se sujeta por el medio tirando de los extremos, mas al abandonarlo, recobra también su forma primitiva.

Hay varias formas de elasticidad en los sólidos y puede ser: por tracción (ó tirando), por flexión (ó doblando), y por torsión (ó torciendo.)

En los gases y líquidos, la elasticidad se ensaya oprimiéndolos, es decir, por presión.

La elasticidad tiene varias aplicaciones: en los resortes de los colchones de muelle, en las pelotas que sirven para juego de los niños, como las que tenéis vosotros, en las bolas de billar, etc., se hace uso de dicha propiedad.

Y sin darse cuenta, y en la forma más agradable, habían llegado á casa, puesto que el estudio, en la forma que lo presentaba Mauricio, era agradabilísimo y teniendo esta cualidad deleita é instruye, ayudando á descubrir el secreto de la ciencia, que es la característica del estudio.



CAPÍTULO XIII.

LOS AMIGOS



CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO



LOS AMIGOS



Enrique contaba ya quince años, y sus padres le hicieron ingresar en el Instituto, matriculándolo para que estudiase el grado.

En todo Centro docente hay estudiantes formales, serios, buenos, etc; pero también hay cabezas ligeras y verdaderas calamidades: pues bien, el que frecuentaba Enrique, no había de estar exento de esta condición.

En él había un tal Javier, que era uno de los mayores calaveras que registra el mundo.

Enrique, que jamás se había separado de sus padres, era un niño bueno, juicioso y educado, por lo que creía que todos eran tan buenos como él, pero no sucedía así.

Se hizo amigo de su compañero de estudios, y como la maldad se contagia, pues sucede lo que con un cesto de hermosísimas y fragantes manzanas que, como haya una podrida se pudren todas las demás, el tal Javier pervirtió á nuestro Enrique con su perjudicial amistad.

Iba esta acrecentándose cada vez más, y un día dijo Javier á su compañero:

—Esta tarde, sin decir nada á tus padres, ven á buscarme á las tres.

—Oye, Javier, ¿por qué dices que no dé cuenta de esto á mis padres, cuando menos á mi madre para obtener su permiso?

—Ya te lo diré cuando nos reunamos—contestó éste—porque ahora tengo prisa y se me va á hacer tarde.

—¿Y dónde vamos á pasar el día?

—Pues iremos al café X, que allí tengo unos buenos amigos y verás cómo nos divertimos.

—¿Sabes que tengo una preocupación?

—¿Y qué es ello?

—Lo que les voy á decir á mis padres, si me preguntan que dónde voy.

—Chico, te creía más ingenioso; pues en un caso así, se inventa una mentira y salvas el compromiso.

—Bueno; pero es el caso que yo no estoy acostumbrado á mentir.

—Pues eso es más fácil que aprenderse de memoria una lección de Historia de España ó de otra cualquiera asignatura. Les dices, por ejemplo, que vamos á estudiar al colegio.

—Bien, adios—contestó Enrique—quien á las intimaciones de su amigo, que no faltés..... que no faltés..... se dirigió á su casa pensativo y cabizbajo, meditando en su interior sobre dos deberes distintos; el uno que le aconsejaba no acudir á la cita, porque así obedecía á sus padres, pues nunca había hecho nada sin su permiso; y el otro que le inducía á no faltar, para no pasar la plaza de mal compañero, cobarde, hombre sin palabra de honor, infor-

mal, etc., exponiéndose á que al día siguiente sus amigos le tacharan de mujerzuela ó algo parecido.

Dominado por estos pensamientos, llegó á su casa, y á preguntas de sus padres, contestó en la forma que había convenido con su malhadado amigo Javier.

Los padres no se opusieron á que Enrique fuese con su amigo, como les había indicado nuestro niño, y á la hora prefijada se fué en busca de Javier, dirigiéndose ambos inmediatamente al café X. Una vez en él, Javier se puso á jugar, fumar y tomar copas, mientras que Enrique ni profería palabra alguna, ni se atrevía siquiera á levantar los ojos del suelo. El primero bromeaba y hacía alarde de hombre de mundo, versado en estas maldades, que son el primer peldaño para la depravación, al paso que el segundo se mareaba con el humo de los cigarros, á que no estaba acostumbrado; le congestionaba la viciada atmósfera; le herían las palabras mal sonantes y soeces que allí se vertían, y el conjunto de lo que sucedía en aquel recinto, le trastornaba.

En el citado café estuvieron hasta bien avanzada la tarde, y cuando nuestros camaradas salieron de él, se despidieron como buenos amigos; pero al hacerlo así, Enrique dijo á Javier:

—Si sé que íbamos á estar toda la tarde en el café, no te hubiera acompañado.

—¿Por qué no?—contestó malhumorado Javier.

—Porque á mí no me gustan esos lugares, ni los que los frecuentan.

Estas últimas palabras hirieron el amor propio de Javier, el cual dijo á Enrique:

—Vete con Dios, que mañana me las pagarás.

Como tenía por costumbre amedrentar á sus amigos con esta clase de amenazas, y esto lo sabía Enrique, así como también que era una estratagema para sacar dinero de sus incautos compañeros, nuestro niño, atemorizado y lleno de miedo, concibió la idea peor que ocurrírsele podía, para salir de aquel conflicto. Cuando mis padres se acuesten, pensó, me quedaré velando, y como en el cajón de la cómoda debe haber dinero, por lo menos cinco duros, los cogeré y se los daré á Javier, con lo cual mitigaré sus iras para conmigo, y ni se enfadará, ni me pegará.

Y cual lo pensó lo hizo.

Al día siguiente, Enrique fué también á buscar á Javier, y lo primero que hizo fué darle los cinco duros que había robado á sus padres, con lo cual Javier aplacó las iras que las palabras de Enrique le habían producido.

Los padres de éste venían notando hacía días que su hijo era más díscolo, más desobediente y que iba perdiendo las buenas costumbres adquiridas en su juventud.

Mauricio, al saber por Rosalía la falta de los cinco duros, preguntó á todos y cada uno de sus hijos si los habían cogido para alguna cosa de verdadera necesidad.

Todos contestaron negativamente, en vista de lo cual manifestó Mauricio:

—Recuerdo que anoche al acostarme, observé que Enrique se quedó estudiando y entonces se encontraba el dinero en el cajón, porque lo ví yo; esta mañana el que más ha madrugado ha sido él y enseguida ha salido de casa, por lo que te ruego encarecidamente

que me digas la verdad, si es cierto que los has cogido tú.

Enrique, que había adquirido las malas costumbres de su caro amigo, que había aprendido también á mentir, obstinadamente negó que fuese él autor del hecho.

Aurora, que quería muchísimo á su hermano, dijo:

—No riñas á Enrique, papá; ese no ha sido; fuí yo quien los ha cogido; voy por ellos, que los tengo en la cajita de labor.

Enrique, ante la conducta de su hermana, estaba mortal. La voz de la conciencia le reprimaba su conducta indigna, y le ponía de manifiesto el heroísmo de su hermana, culpándose ella para salvar á él de tan mala acción, y como consecuencia se despertó en él un verdadero arrepentimiento de todo lo mal que había obrado.

Así que inmediatamente confesó su falta, elogió la conducta de su hermana, y prometió no volver á cometer acciones como la que había llevado á cabo en un momento de obsesión.

—Yo soy, papá, quien merece castigo, no mi hermana; ella es inocente, yo soy el culpable, por haber hecho caso de los malos ejemplos que me ha dado mi amigo Javier, á quien, como á todos los de su clase, detesto desde este momento.

Enrique, cubriéndose el rostro con las manos y verdaderamente avergonzado, contó á sus padres todo lo que habían convenido y hecho desde que eran amigos.

Mauricio le perdonó, pero le prohibió terminantemente que frecuentara su amistad, así como también la de los que se parecieran á él, haciéndole con este motivo á él y á sus herma-

nos una série de reflexiones provechosas y sanos consejos.

Padres, vigilad á vuestros hijos, y si tienen la desgracia de ir acompañados de semejantes amigos, procurad atraerlos por el camino de la virtud.

Después del referido suceso, Enrique llegó á ser un modelo entre los niños de su edad, y adquiriendo cada vez más el afecto de sus buenos padres que, con sus reprensiones, le libraron de una compañía que pudo serle funesta.

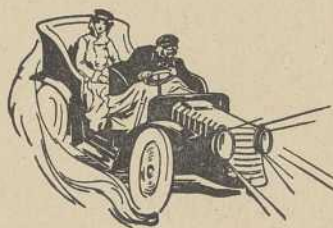


CAPÍTULO XIV.

UNA TEMPORADA
EN MADRID



CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO



UNA TEM- : PORADA : EN MADRID

Durante las vacaciones, Mauricio y su familia fueron á pasar una temporada á la coronada villa del Oso y el Madroño, al objeto de disfrutar unos días de la compañía de unos parientes y amigos.

Ya instalados en la Corte y en cumplimiento de prescripciones facultativas, así como también por costumbre inveterada, Rosalía dábale frecuentes y buenos paseos.

Una tarde, al regresar á casa, pasó junto á ellos Su Majestad el Rey, y Aurorita dijo á su mamá:

—¿Te acuerdas de un día que ibas á escribir á tu amiga Teresita, que te pregunté cuáles eran los poderes del Rey?

—Sí, ya recuerdo.

—Pues bien: ya que acabamos de verle en este momento, ¿te servirá de molestia explicarme dichos poderes?

—No, hija mía; á mí no me molesta nada que tienda á tu bienestar, ó á que te instruyas, para que sepas conducirte bien en sociedad.

—¿Y qué es eso de sociedad?

—Ten presente, hija mía, que es perjudicial el querer saber muchas cosas á la vez; porque según dice un adagio, «el que mucho abarca poco aprieta».

—Llevas razón, mamá, como siempre.

—Comenzaré, pues, por indicarte las diferentes formas de Gobierno, que pueden reducirse á dos clases: la monárquica y la republicana.

—¿Y qué es monarquía, mamá?

—Monarquía es la forma de Gobierno en que el poder supremo reside en una sola persona, que recibe los nombres de Rey, Sultán, Zar, Emperador, etc., etc.

La monarquía puede ser de tres clases, á saber: absoluta, despótica y constitucional.

Es monarquía absoluta, cuando el poder supremo reside en una persona que dicta las Leyes á su arbitrio, y obliga á sus súbditos á la más estricta observación de las mismas. Es despótica, aquella en que el Monarca gobierna sin sujeción á las Leyes, solo por su voluntad. Y por último, es constitucional, la en que los poderes se comparten entre el Monarca y las Cortes, formando éstas los representantes ó delegados de la Nación, designados por los pueblos.

República, es la forma de Gobierno en que el poder supremo reside en varios individuos, que se llaman representantes de las Cortes constituyentes, que simbolizan la Soberanía na-

cional, los cuales designan una persona que se denomina Presidente de la República.

Y ahora que ya conoces las formas de Gobierno, voy á decirte dos palabras acerca del poder Real.

El Jefe Supremo de la Nación es el Rey, puesto que España está gobernada por la monarquía constitucional hereditaria, y nadie puede exigirle ninguna responsabilidad de sus actos, porque la persona del Rey es sagrada é inviolable, según la Constitución.

—¿Y quién es el responsable de los actos del Rey, como de las disposiciones que se adoptan para el gobierno de la Nación?

—Pues de todo ello responden ante la misma, los Ministros de la Corona, ó Secretarios del Rey, porque la Ley fundamental de España— dispone que los mandatos del Soberano, no pueden llevarse á cabo, si nó están después refrendados por alguno de sus Ministros, según el ramo á que pertenezcan.

—Dí, mamá; la autoridad del Monarca ¿no tiene límites?

—Sí, hija mía; la autoridad del Rey está limitada por la Constitución y por las Leyes; á ellas, pues, debe arreglar su conducta.

No bien había terminado Rosalía su explicación, cuando una lluvia torrencial les obligó á buscar asilo en el portal de una casa cercana, ya que la suya se encontraba algo distante del lugar donde se hallaban.

Mientras el regreso de la madre y las hijas, Mauricio dijo á sus hijitos:

—Voy á recitaros una fábula de Hartzembusch, que aprendí siendo muy niño, y que lleva por título

Lluvia de verano

Muy de madrugada
sale de su aldea
Lucas, para un viaje
de unas ocho leguas;
no hay en todas ocho
parador ni venta;
no hay por el camino
árboles siquiera,
gran calor aguarda,
porque julio empieza;
vá por eso Lucas
bien á la ligera;
de flexible paja
sombbreroito lleva,
pantalón y chupa
son de primavera,
y alpargata leve
calza, que sujetan
lazos que le cruzan
sobre empeine y pierna,
con lo cual y un palo
y un morral de jerga,
Lucas diligente
del lugar se aleja;
aun el sol no asoma,
la mañana es fresca,
nubes aparecen,
se levanta niebla,
horas van pasando,
la humedad se aumenta;
ya menudas gotas
por el aire quedan,
hasta que á torrentes
lanzan las esferas

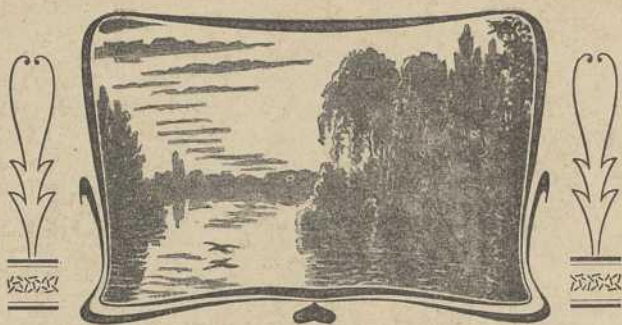
lluvia que amenaza
inundar la tierra.
Cual estaba Lucas,
júzguelo cualquiera:
hízose una sopa
de pies á cabeza.
No era ciertamente
grande su paciencia,
enojóse y loca
se soltó su lengua;
luego quieren (dijo)
que uno se someta
dócil á las Leyes
de la Providencia.
Esta condenada
lluvia que no cesa,
¿qué motivo tiene?
¿qué bien acarrea?
Mala es y remala
para la cosecha
y salud y vida,
puede que yo pierda.
Esto hablaba el necio,
cuando de unas peñas
un ladrón armado
sale y se le acerca.
Lucas imprudente
su garrote apresta,
sin mirar que el otro
tiene una escopeta.
Del gatillo tira
el ladrón con fuerza;
mas por dicha el tiro
sin salir se queda.
Lucas acomete
con audacia nueva,
y el malvado entonces

huye entre las piedras,
y para que Lucas
algo se detenga
la escopeta arroja
porque ya le pesa.
Nuestro caminante
discurrió al cogerla:
—No estará cargada
cuando así la suelta.
Mírala y entonces,
¡cuál fué su sorpresa!
carga doble dentro
del cañón encuentra;
pero entrambas cargas
barro estaban hechas,
y lo mismo al cebo
de la cazoleta.
—¡Diantre!—dijo Lucas
muerto de vergüenza;
locamente al Cielo
dirigí mis quejas:
pólvora excelente
la del ladrón era
y ella se inflamara
si estuviere seca.
Niebla y lluvia hicieron
que se humedeciera;
si ellas me calaron,
me salvaron ellas.
¡Gloria á Dios que rige
la Naturaleza!
No hay mal en el mundo
que por bien no venga.



CAPÍTULO XV.

UN DÍA DE PESCA



CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

UN DÍA DE PESCA

Mauricio era muy aficionado á la pesca y en el buen tiempo, todas las tardes, acompañado de sus hijos, se dirigía á uno de los ríos principales.

La tarde que nos ocupa, vieron nuestros niños un animalito, de color pardo verdoso, y le preguntaron á su papá cómo se llamaba, puesto que ellos no le conocían.

—Pues le conocéis, hijos míos, aunque os parezca que no. ¿No habéis comido en casa muchas veces cangrejos?

—¡Ay, sí papá, ya recuerdo haberlos comido!—contestaron todos—pero los cangrejos son muy colorados, no tienen este color.

—Pues efectivamente tienen el color pardo verdoso, como podéis apreciar, pero el agua hirviendo los cambia en rojo vivo, como también el alcohol.

El cangrejo es reputado como carnívoro, porque se alimenta de carnes, aunque también come vegetales, por lo que pudiera también llamarse omnívoro.

Es muy voraz, tanto que, los que son más débiles, suelen ser devorados por los más fuertes.

—Papá, ¿y los cangrejos no pueden vivir más que en el agua?

—Sí, hijos míos; aun cuando es acuático, puede vivir durante algún tiempo al aire libre, sobre todo si la atmósfera está húmeda.

El cuerpo del susodicho animal está protegido por una piel dura y resistente. Esta cubierta no solo la tiene en el cuerpo, sino que también en las patas, por lo que se denomina dermatos esqueleto, que es lo mismo que si dijéramos esqueleto de la piel.

Las partes ó piezas de que se compone el dermatos esqueleto, pueden reducirse á dos: el tronco y los apéndices.

El tronco se encuentra dividido en dos regiones; una anterior convexa y grande que al parecer está formada por una sola pieza, y la otra compuesta de varios anillos movibles, denominada posterior.

Los apéndices se hallan distribuidos por pares; los dos de cada par son exactamente iguales.

Ahora que ya conocéis exteriormente el cangrejo, voy á explicaros su organización interna.

El aparato digestivo de este animalito no consiste en otra cosa que en un tubo largo, que comienza en la boca y termina en el ano. La primera porción del tubo digestivo se llama exófago, terminando en una bolsa bastante grande denominada estómago, que en unión

del exófago, constituye ó forma el intestino posterior.

En el aparato circulatorio tenemos el corazón ¿Sabéis qué forma tiene?

—No, señor.

—Pues tiene la forma exagonal.

¿Y cuál os parece que es el color del mismo órgano?

—A mí—dijo Aurora—me parece que será blanco.

Enrique le contestó:

—No llevas razón; yo creo que será encarnado.

Entonces el padre, tomando parte en la conversación, se expresó así:

—Pues mira, Enrique; aun cuando á tí te parezca que tu hermana no lleva razón, la tiene; porque el corazón de los cangrejos es blanco y poseen dos movimientos: el de diástole y el de sístole; también tiene arterias que nacen del corazón; una de ellas es la central, y otras dos laterales.

—¿Y qué color tiene la sangre de los cangrejos, papá?

—Es incolora, pero tiene glóbulos.

—Entonces como la nuestra.

—No, queridos míos; no los tienen tan abundantes ni son del color rojo, como en el hombre.

Por hoy, contentaros con esta sencilla explicación, y cuando conozcáis bien todas estas particularidades, ampliaré estos conocimientos, dándoos idea del aparato respiratorio y algunas cositas más.

Ahora recoged todos los aparatos para irnos á casa, donde nos esperará vuestra mamá con impaciencia, para ver la pesca que le llevamos.

—Pues hoy le damos chasco; porque así co-

no otros días llevamos varias cosas, esta tarde no hemos pescado más que una docena de cangrejos.

—¿Y quién os parece que tiene la culpa de todo esto?

—Yo creo—dijo Aurora—que la tiene Lucianito, por haberle preguntado qué animales eran los que había pescado.

—¿Y tú sabías antes de que yo lo dijera, qué era un cangrejo?

—No, señor.

—Entonces, en lugar de echarle á tu hermano la culpa, debes darle las gracias, porque en lo sucesivo no ignorarás las propiedades de esta clase de animales, y aunque os parezca que hemos perdido la tarde por no haber pescado como otras, no hemos malgastado el tiempo bajo el punto de vista de que habéis aprendido una cosa que no sabíais.

En tan amena conversación llegaron al hogar doméstico, donde hicieron los honores á una bien condimentada cena.



CAPÍTULO XVI.

UNA VISITA INESPERADA



CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO



UNA VISITA INESPERADA



Mauricio y Rosalía habían pensado ir á pasar un día con unos parientes suyos, como al efecto lo verificaron; pero al regreso se encontraron que les estaba esperando un hermano de esta última, el cual venía de la Corte, con intención de conocer á sus sobrinitos y poder apreciar, con sus mismos ojos las cualidades excepcionales de que estaban adornados.

Lo primero que hicieron ambos esposos, fué disculparse ante el viajero de no haber salido á recibirlo, lo cual fué debido á que desconocían su llegada.

—¿Y de dónde vienes ahora?—le preguntaron.

—Hace dos horas llegué á la Corte, de regreso de la bonita y animadísima ciudad de Logroño.

—¿Y con qué motivo has estado allá?

—Con el de presenciar las fiestas de San Bernabé.

—¿Y en qué consisten esas fiestas?

—Pues te diré. Hay diana, música, funciones cívico-religiosas, vacas, fuegos artificiales,

teatro y otra porción de festejos, dignos de dicha población

—¿Según eso, será digna de verse dicha fiesta?

—¡Ya lo creo! y no precisamente por el atractivo de las ferias y fiestas, sino por la amabilidad con que los riojanos reciben y tratan á los forasteros; por la franqueza de su carácter; por lo pintoresco y bonito de la capital riojana, y por otras mil circunstancias, que sería prolijo enumerar.

Y ya que de esto tratamos, voy á manifestaros el por qué los logroñeses conmemoran el día 11 de junio de 1521.

En dicha época, era España una de las naciones más florecientes; tanto, que el sol no se ponía en sus dominios.

—Ya me acuerdo, querido tío—exclamó Lucianito—haber estudiado en la Historia de España, que dominando la Casa de Austria y durante el reinado de Felipe II, nos dijo la Profesora que este Rey había vertido la frase que usted acaba de pronunciar.

—Me congratula muchísimo,—dijo Fernando, tío de los niños—tener unos sobrinos tan instruídos.

—Pues bien; como iba diciendo, envidioso Francisco I, Rey de Francia, del poderío de nuestra Nación, mandó un fuerte y numeroso ejército con bastantes refuerzos de artillería, al mando de Asparrot, quien se presentó en las faldas de Cantabria, salvando los Pirineos, y le declaró la guerra á Logroño.

Valientes como pocos los logroñeses, aceptan la batalla, decididos á dar, no una vida, sino mil que tuvieran, antes que rendir la pla-

za al enemigo, defendiendo de esta manera su Patria querida.

Reunidos en la Iglesia de Santiago, piden valor á la Virgen de la Esperanza, y en furioso tropel salen de la Iglesia á combatir al enemigo, no quedando nadie en la población.

El fuego dá comienzo; los edificios se demoronan con las granadas de la artillería, pero los logroñeses, lejos de acobardarse, se esfuerzan cada vez más, se abalanzan á la muralla, y logran con su heroísmo y valor rechazar á los franceses de sus avanzadas posiciones.

Después de quince días de sufrimiento, acuerdan hacer una salida secreta, para lo cual y con el objeto de no ser descubiertos, se refugian en la obscuridad de la noche.

En estas circunstancias, los logroñeses se arrojan sobre los sitiadores y les obligan á huir, dejando el campo sembrado de cadáveres y heridos, así como también bastantes víveres y algunas piezas de artillería.

Después de tan glorioso triunfo, los riojanos vuelven al Templo de Santiago á dar gracias á la Virgen de la Esperanza y á Dios, por la victoria alcanzada.

Aquel día se celebraba la festividad del Apostol San Bernabé, y en su memoria conmemoran en la ciudad de Logroño las fiestas enumeradas.

Unos aplausos resonaron en la habitación, y Fernando, entusiasmado con el calor de la narración, exclamó:

—¡Bendita sea la fértil y encantadora tierra riojana! ¡Vivan los españoles, y sus memorias sean incensadas!

Terminada tan grata conversación, Mauricio acompañó á Fernando para enseñarle las

principales calles y edificios de que está adornado Madrid, y en tanto Rosalía y su hija mayor, Aurora, que había dejado de ser niña convirtiéndose en una mujercita, estaban ocupadas en las labores domésticas, pues aunque parezca mentira, son pocas las señoras que saben cumplir con tan honroso como difícil cargo.

Entonces Amparo, que ya frisaba en sus veinte años, estaba repasando una sábana bastante deteriorada, y tuvo el pensamiento de tirarla; pero su madre que veía en los ojos de sus hijos, pues había sido fiel observadora de sus acciones desde la infancia, le dijo:

—Hija mía, la lencería, aunque esté usada, no se debe tirar hasta que le sea imposible prestar servicio.

Así, pues, esta sábana que ya le hemos dado vuelta y solo los ángulos le quedan en buen uso, puede servir para paños de cocina, etc.; los paños viejos pueden hacerse por medio de una costura para que duren más tiempo, y si hubiera en la sábana algún trozo bueno, puede aprovecharse para remendar otros, etc.

Estos trapos pueden utilizarse para limpiar la vajilla de plata, tal como los tenedores, cucharas y cucharones, etc.; y he aquí cómo lo que tú querías tirar, presta bastante utilidad.

Con los pedazos de tela muy vieja, si es de hilo, pueden hacerse también hilas, las cuales se aplican en la curación de algunas enfermedades.

—Pero mamá, esta sábana está ya muy usada. Usted no ha debido fijarse en ella.

—Tienes razón, hija mía; si para nosotros no puede aprovecharse, guárdala para que mañana se la demos á la hija de nuestra peinadora, que la pobre tiene cinco hijos, se ha que-

dado viuda hace poco, y no gana más que un escaso jornal.

Las camisas de tus hermanos, que ya no se las puedan poner, guárdalas también para hacer con ellas otra obra de Caridad.

—No sé á quien te puedes referir.....

—Sí, mujer; á la esposa del cartero, que cuando en el invierno y durante aquellas nieves perpétuas, se dió un retorcijón en el pie derecho, que lo tiene postrado en el Santo Hospital, y su pobre mujer, que no contaba más que con el pequeño sueldo de su marido, se halla sumida en la mayor miseria.

Ya ves, pues, hija mía, como con aquello que para nosotros no tiene aplicación, podemos remediar algunos desgraciados, y si algún día os veis separadas de vuestra madre, practicad como yo la sublime y gran obra de la Caridad.

A este punto de la conversación habían llegado, cuando se presentaron en la habitación Fernando y Mauricio, encantado aquel de las maravillas y preciosidades que encierra la villa y Corte, afirmando una vez más el adagio

De Madrid al Cielo.



CAPÍTULO XVII.

EL ANILLO DE AURORA



CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO



EL ANILLO

DE AURORA

A nuestro viajero, ó sea á Fernando, le habían sido muy simpáticos todos sus sobrinitos; pero la que más llamó su atención y la que más le encantaba con sus gracias y hechizos, fué Aurora.

El día anterior al que debía emprender su viaje para Murcia, madrugó más que lo de costumbre, con el objeto de comprarles algunas chucherías á sus sobrinos y particularmente á su distinguida Aurora, que era la que verdaderamente le sugestionaba.

A Enrique y Luciano les regaló una buena cantidad de libros instructivos que, en realidad, era de los que más falta les hacían; á Blanca, como más pequeña, le compró un estuche de labores, que era verdaderamente una monada y muy útil, pues por él se le hacía despertar el amor al trabajo, á la vez que tenía la

propiedad de ser un hermoso juguete; para Amparo adquirió una preciosa cadena para el reloj; y la que era una verdadera joya, una acabada obra de arte, lo que sobresalía entre todos los regalos, era el anillo destinado á Aurora.

El tal anillo era de oro con tres preciosos diamantes: en él se destacaban, tanto la opulencia del comprador, como el valor intensísimo de la alhaja.

Toda la familia salió á la estación á despedir á su tío Fernando, y como la hora no era adecuada para ir de paseo, una vez que el tren se puso en marcha, y como además apretaba de veras el calor que se dejaba sentir, nuestros acompañantes se volvieron á casa, para contemplar con detención los regalos de don Fernando.

Mauricio, que solo trataba de educar é instruir á sus hijos, no desperdiciando para ello ocasión propicia que se le presentase, preguntó á Aurora, haciéndole contemplar el anillo:

—¿Sabes de qué metal es este anillo?

—¡Ya lo creo! pues no hay más que mirarlo, para saber enseguida que es de oro.

—¿Y sabes tú algunas de las propiedades de dicho metal?

—No, señor.

—Pues voy á explicarte algo acerca del rey de los metales; que así se llama por algunos.

El oro es el más dúctil y el más maleable de todos los metales; tiene color característico; su símbolo es *au*, que significa aurífero, conteniendo por regla general una cantidad más ó menos considerable de plata.

A este metal solo puede atacarle el agua regia.

—¿Y qué es el agua regia, papá?

—El agua regia es la combinación del ácido clorhídrico con el nítrico.

—¿Y por qué se llama así?

—Porque es el único disolvente del oro y á éste se le denomina, como te he dicho anteriormente, el rey de los metales.

—¿Y dónde se halla el oro?

—El oro se encuentra en el cuarzo de las pizarras cristalinas y también en otras rocas. Igualmente se halla en las arenas de algunos ríos, como el Sil, etc.

Cuando los granos de oro alcanzan algún tamaño, se llaman pepitas.

El oro se emplea para la fabricación de la moneda, pero entonces se amalgama con el cobre para darle más consistencia, la cual está sujeta á una ley que consiste en mezclar á cada mil partes, cien de cobre y novecientas de oro puro.

Pero á la par que el oro, el anillo está adornado y por consiguiente formado con tres hermosos diamantes.

Voy también á decirte algo acerca del diamante.

Es carbono puro cristalizado y brillante; puede ser incoloro, amarillo, rojo, verde, pardo, azul, etc.; puede arder hasta quemarse, cuando se calienta en una atmósfera de oxígeno.

El diamante se aplica para objetos de joyería, tallándose de diversas maneras, como el de roseta en tabla, etc., siendo ésta la forma más usada en la antigüedad.

Esta piedra fina, como todas las de su clase, se venden á peso, para lo cual los joyeros se sirven del quilate.

¿Sabes tú cuál es el diamante mayor que se conoce?

—No, señor.

—Pues es el llamado «Gran Mogol», que pesaba 900 quilates antes de tallarlo.

El más grueso que se ha encontrado en América, pesaba 190 quilates. ¿Sabes á quién pertenece?

—No, señor.

—Pues á la Corona de Portugal.

—Papá—dijo Amparito—también mi cadena es bonita.

—Sí, por cierto, hija mía.

—¿Sabes de qué metal es?

—De plata.

—La plata es asimismo otro metal precioso, que puede encontrarse en la naturaleza en estado nativo, bien en láminas ó alambres, y también existe formando varios compuestos.

Es un metal sólido, blanco y como el oro, muy maleable.

—Papá, dispénseme que le interrumpa; ¿cuál de los dos es más maleable?

—El oro, y después la plata.

La plata es uno de los mejores conductores del calor y de la electricidad.

—¿Por cuántos procedimientos puede obtenerse la plata?—preguntaron sus hijas á Mauricio.

—Puede obtenerse por tres: por vía húmeda y disolución; por vía húmeda y amalgamación, y por la acción del calor, ó sea por vía seca.

Y ahora id á prepararos para darnos un paseo, pues ya se ha hecho hora apropiado para ello.



CAPÍTULO XVIII.

LA GRATITUD



CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

→ LA ←

GRATITUD

Rosalía con sus hijas Aurora, Amparo y Blanca, se disponían á salir de casa para visitar á unas amigas suyas. Por el camino fueron hablando de infinidad de cosas, pero llegó á cortarles la conversación una niña de unos doce años, y en cuyo semblante se revelaba la pena y angustia de que estaba poseída la pobre criaturita.

Nuestra familia se dirigió hacia la niña, y, después de besarla, la interrogaron en la siguiente forma:

—Dinos, querida, ¿dónde vas á estas horas tan solita?

—No sé decir á ustedes.

—¿Dónde te vives?

—No tengo casa, señoras.

—Sí, hija mía; todas las personas tienen dónde guarecerse contra los rigores del calor y del frío.

—Pues yo no tengo ese albergue.

—A ver, niña, explícate bien.

La niña, aunque interrumpiendo á cada paso su narración por sus sollozos, se expresó de la siguiente manera:

—Miren ustedes. Hasta hoy he vivido con mis padres, pero hace cosa de seis meses se murió mi buena madre, y mi padre se casó en segundas nupcias. La segunda mujer tiene también hijos, y á ellos los cuida y les prodiga toda clase de cariños, mientras que á mí no me hace caso. Yo no puedo decirle á mi padre los malos tratos que me dá, porque entonces se enfadan, riñen y hasta se pegan, lo que hace que aumente su aversión hacia mí y aumente los castigos á que sin cesar estoy sometida.

Ayer, sin ir más lejos, me mandó hacer un recado, y porque tardé más que lo de costumbre, me despachó de casa, y me dijo: Hazte la cuenta que no tienes padre ni madre.

—¿Y qué piensas hacer tú ahora?

—Como el dolor que me embargó hasta hace unos minutos era tan intenso, no había pensado todavía en lo que debo hacer; pero ya que ustedes me lo recuerdan, creo que lo más natural y adecuado será buscar una casa donde necesiten una niñera, porque yo no sé hacer nada, ni tengo edad para dedicarme á otra cosa.

Hasta aquí llegó nuestra niña, porque los sollozos no la dejaron continuar.

—No te aflijas—dijo entonces doña Rosalía—por lo pronto ven con nosotras á casa, y luego veremos lo que se dispone de tí.

Efectivamente, la niña llamada Rosita, estuvo con las hijas de doña Rosalía, mientras que la buena y compasiva señora, en unión de

Mauricio, fueron al domicilio de los padres de la niña.

Les abrió la puerta una mujer de aspecto repugnante, y el esposo de Rosalía le preguntó si estaba su marido en casa.

Dicha mujer no acertaba á moverse de la puerta; estaba aturdida, anonadada, sorprendida al verse delante de tales señores, como ella imaginaba; así que al preguntarle por su esposo, la emoción no le permitió articular palabra; pero una vez repuesta, les hizo pasar á un cuarto muy desaseado, donde apenas pudieron tomar asiento, lo cual ponía de manifiesto el desarreglo de aquella señora en el cuidado de su casa.

Al poco rato penetró en la habitación un señor de unos cuarenta años de edad.

—¿Qué deseaban ustedes?—preguntó.

Mauricio, en nombre de su esposa, se expresó en los siguientes términos:

—Ayer, yendo de paseo, nos encontramos á una niña de unos doce años de edad, llamada Rosita, y por lo que nos dijo, es hija de usted.

—¡Ay, pobre angel de mi alma!—exclamó su padre. No pueden ustedes hacerse una idea de lo que sufrimos en casa; porque el genio de mi mujer no es compatible con el de mi hija, y ya saben ustedes lo que son estas cosas; yo estoy sufriendo exageradamente, porque vengo de mi trabajo y siempre tengo disgustos acerca de la pobre Rosita.

—Pues á ponerle el fin de todos esos disgustos venimos nosotros. Le rogamos que nos ceda á su hija, y nosotros se la educaremos y le enseñaremos un oficio, para que cuando sea mujer no acabe sus días en un Hospital ni en una Casa de Misericordia.

El pobre padre no sabía cómo demostrar su agradecimiento á los protectores de su hija; su reconocimiento no tenía límites.

Rosalía y Mauricio, una vez cumplida su misión se retiraron, y el padre de Rosita estuvo en la puerta haciéndoles mil cumplidos y reverencias, hasta que los perdió de vista.

Luego comunicó á su mujer tan grata nueva, y ella, cual una mal educada, dijo:

—Ya verás como esos señores se cansan de tu mal criada y respondona hija, y te la ponen de patitas en la calle; así como también otra série de improperios y palabras soeces, propias de una mujer de sus cualidades.

De no ser así, hubiera apreciado cual su marido, en su justo valor, la importancia y mérito de la obra que se proponían realizar Mauricio y Rosalía, y les hubiera estado eternamente agradecida; pero ella no entendía de estas cosas.

Mientras este diálogo había tenido lugar, nuestro matrimonio había llegado á su casa y comunicaron á sus hijos y á la pequeña Rosita lo que habían covenido. Imposible describir lo que pasó por el corazón de la niña al oír la relación de sus protectores; sin poderse contener, y como movida por un resorte, se abalanzó al cuello de la señora y le cubrió el rostro de besos, haciendo después lo propio con Mauricio, manifestándoles de mil modos su agradecimiento y anhelando de todas veras poder probarles lo reconocida que les estaba, pues decía de todo corazón:

—Por mucho que haga por ustedes, nunca les pagaré el inmenso favor que me prodigan, lo que se proponen hacer conmigo.

Rosalía le indicó que por de pronto la colo-

carían interna en un colegio, á fin de que se educase de una manera distinta á la que en su casa había recibido, y para que adquiriese alguna instrucción, de que se hallaba bien necesitada.

A los pocos días de esta meritoria y bonísima obra de Caridad, doña Rosalía fué atacada de una fuerte pulmonía, y desde el momento que nuestra pequeña Rosita tuvo conocimiento de tal desgracia, no se separó un momento de la cabecera de su protectora, y juntamente con sus hijas perdió todas las noches, lo cual hacía con sumo gusto, pues de este modo correspondía, aunque de una manera ínfima, á los favores que de ella había recibido, por más que lamentaba tener que demostrar su gratitud en un asunto tan desagradable, puesto que corrió gran riesgo la vida de doña Rosalía.

Estos ejemplos nos inducen á que correspondamos á los favores recibidos, á que seamos agradecidos con aquellas personas que nos distinguen con sus dones, porque es un principio filosófico: «Que no es persona bien nacida, aquella que no es agradecida».



CAPÍTULO XIX.

LA TORRE DE
FUENSALDAÑA



: : CAPÍTULO : :
DÉCIMONOVENO
—

LA TORRE DE
FUENSALDAÑA
por José Zorrilla



I

Yo he sentido bramar al ronco viento
del helado diciembre en noche oscura,
remedando de un hombre el triste acento
de roto murallón en la hendidura.
Ardía en el salón envejecido
purpúrea llama de sonante leña,
y el ámbito vibraba estremecido
al reflejar en la empolvada peña.
De la pompa feudal, resto desnudo,

sin tapices, sin armas, sin alfombra,
hoy no cobija su recinto mudo
mas que silencio, soledad y sombra.
Tal vez groseros cuentos populares
bajo el nombre sin crónica conserva,
y en las bóvedas, torres y pilares
brotó á pedazos la pajiza hierba.
Los pájaros habitan la techumbre,
y la tapiza la afanosa araña,
y eso guarda la tosca pesadumbre
del viejo torreón de Fuensaldaña.
Yo, que era entonces loco, triste y niño,
pasaba alguna vez bajo sus muros,
por contemplar el desgarrado aliño
de sus huecos recónditos y oscuros.
Allí, en delirios de amistad perdida
y en infantiles prácticas sabrosas,
adormecí las cuitas de mi vida
y las horas de noches pavorosas.
Allí, al calor de la humeante hoguera,
de las cóncavas piedras al abrigo,
oía el viento rebramando fuera,
y á mi lado la voz de algún amigo.
Allí, sobre nosotros se elevaban
robustas torres, góticas almenas,
que la furia del viento rechazaban
sobre el cimientó colosal serenas.
A veces nuestra alegre carcajada
repetida en los aires por el eco,
moría, en sus bramidos sofocada,
de la alta torre en el tendido hueco.
A veces nuestras báquicas canciones,
como estertor de agonizante pecho,
acompañada en compasados sonos
sordo zumbando en callejón estrecho.
Otras, en melancólica armonía,
remedaba lamentos y suspiros,

y otras, en repugnante gritería,
el vuelo y voz de brujas y vampiros.
De las rotas almenas erizadas,
al sacudir la destocada frente,
remedaba el hervir de las cascadas,
y el áspero silbar de la serpiente.
O en revuelto y confuso torbellino,
la ruínosa terraza estremeciendo,
de la tendida lona en son marino
semejaba tal vez el largo estruendo.
Le oíamos á veces á lo lejos
cruzando el valle con aviado paso,
y crujían los árboles añejos
como chascara entre la llama un vaso.
Y en contínuo rumor sonando á veces
le oíamos rozar el firme muro,
como en hondo tonel hierven las heces
que una bruja animó con un conjuro.
Le oíamos rodar embravecido
las desiguales piedras azotando,
y en los huecos colgar ronco mugido,
y el seco musgo arrebatár pasando.
Le oíamos entrar y revolverse
con espantable son en las troneras,
y estrellarse, y crecer hasta perderse,
barriendo las tortuosas escaleras.
Las ramas de los árboles vecinos,
en las rejas meciéndose colgadas,
dibujaban contornos repentinós
de espantosas visiones descarnadas.
Y al brusco y desigual sacudimiento,
desplomados los vidrios de colores
en el mal alumtrado pavimento,
reverberaban falsos resplandores.
Y asaltando la boca que topaba
rodando en torno de la mustia hoguera
entre la llama pálida soplabá

blanca ceniza hasta elevar ligera.
Silbando entonces lánguido y sonoro,
al cruzar murmurando en las ventanas,
nos revelaba en armonioso coro
música de veletas y campanas.
Y mezclaba el susurro de las hojas
que coronaban los silvestres pinos
con el gotear entre las funcias flojas
de los turbios arroyos campesinos.
De los atentos perros el ladrido,
y el canto agudo del despierto gallo,
con el inquieto y bélico alarido
del trémulo relincho del caballo.
Bullían en el ánima exaltada
locos fantasmas de soñados cuentos,
y sostenía apenas fatigada,
el peso de los ojos soñolientos.
Entonces, á la sombra cobijados
los pies á par de la expirante lumbre
cedían nuestros párpados cansados,
más que á la voluntad, á la costumbre.
Y á cada chispa del tizón postrero,
á cada empuje del turbión errante,
á cada voz del pájaro agorero
que velaba en el nido vacilante,
volvíamos el gesto recelosos
en derredor del descompuesto fuego,
levantando los ojos perezosos,
que al roto sueño se tornaban luego.
Y en aquella mirada adormecida
se pintaba la sombra misteriosa
de volubles contornos revestida
de cuerpo inmenso, de color medrosa.
Gozábamos al fin insomnio inquieto,
delirando festines y batallas,
con tumultos sin época ni objeto,
con broqueles, con yelmos y con mallas.

Y soñábamos duendes y conjuros
en una tierra mágica y cercana,
deleitados en cóncavos oscuros
con cantares de sílfide liviana.
Poco á poco deshechas las visiones,
soñábamos con sombras infinitas,
donde se oían apagados sonos
de invisibles orquestas exquisitas.
Y más tarde, las sombras vacilando
entre pardo crepúsculo naciente,
ibanse luz y sombras alejando
de la febril y temerosa mente.
Músicas, miedos, fábulas y sombras
sus contornos al fin desvanecían,
y en un salón, sin lámparas ni alfombras,
solo estaban dos loros y dormían.

II

Y era grato al son del viento
abrir el párpado al día,
y contemplar soñoliento
su confuso resplandor
á través de las abiertas,
hondas y estrechas ventanas
y de las hendidas puertas
de los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
con turbio cendal de niebla,
sobre los campos posada
interceptando el mirar;
y oír la ráfaga inquieta,
que al vendabal sustituye
en la acerada veleta,
sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones
que en la noche nos turbaron

en bóvedas y rincones,
de opaca lumbre al lucir,
en escombros convertidas,
musgo y tintas con que al tiempo
las murallas carcomidas
plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes,
en vez de ricos tapices
tender su baba y sus redes
al insecto descortés,
que entre los nombres tranquilos
las labra de los viajeros
cubriéndolos hilo á hilo
sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña
en los blasones del muro
hilar con paciente maña
sus hebras para cazar,
y en la recóndita grieta,
la presa que vuela en torno,
vigilante, astuta y quieta,
á que se enrede esperar.

Y en el oculto madero
hallar de rincón ruinoso
el rastro de un hormiguero
que en el verano pasó;
que en el foso nació acaso,
mas no contento en el suelo,
con irreverente paso,
hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones
de la torre de Saldaña,
de sus techos y salones
la mengua y la soledad?
¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Cuánto puedes,
tú que indiferente escribes
sobre cráneos y paredes

la cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
hoy trajes de rico hidalgo
y en sus salones oscuros
ancha hoguera levanté;
corrí llaves y cerrojos
cual si de ellos dueño fuera,
y sus tablas y despojos
para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años,
ni su nombre y dueño antiguos,
y para insultos tamaños
¿quién era en Saldaña yo?
Un niño, un triste ó un loco
que, divertido en sus penas,
curaba entonces muy poco,
de cuanto grande vivió.

Y á fé que, libre y contento
á la lumbre de mi hoguera,
en tanto bramaba el viento,
tranquilamente dormí;
y al despertar con el día,
contemplé absorto y ufano
la gruesa mampostería
que por alcoba elegí.

Luchaba el sol afanado
con la turbia húmeda niebla,
y el fulgor tornasolado
cruzaba por el salón;
el aire, en fuerzas cediendo,
brotó en ráfagas errantes,
y aun se le oía gimiendo
con menos airado son.

Miré desde las ventanas
al árido campo seco;
algunas hiervas livianas
encontré no mas en él;

el aire les sacudía
y la niebla las mojaba;
escaso arbusto crecía
del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
guarecidas asomaron
en los rotos alquitrabes
su misterioso mohín;
mirélas indiferente,
y al rumor de mis pisadas
hundieron la negra frente
del nido cóncavo al fin.

Entonces, de la alta cumbre
el sol rasgando la niebla,
derramóse en viva lumbre
del trémulo resplandor;
y en los pardos murallones
trazó cuadros luminosos,
alumbrando los salones
de cenagoso color.

Y entonces á los reflejos
de la llama repentina,
de aquellos rincones viejos
en la antigua soledad,
bulleron miles de insectos
asomando por las grietas,
monstruosos por lo imperfectos,
raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
del tosco Templo vecino
en compases regulares,
desvanecerse y crecer;
y el órgano y las campanas,
al roto soplo del viento,
ya perdidas, ya cercanas,
en él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,

pasó la mañana inquieta;
mis años hora por hora
á contar triste volví;
si hallé la vida cansada
y lamenté su amargura,
yo vivo con mi tristura
mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso,
por llegar á Fuensaldaña
aceleraron el paso
de aquella noche después;
mas ¡ay del hombre mezquino!
¿Quién encontrará mañana
entre el polvo del camino
la huella de nuestros pies?



CAPÍTULO XX.

EL TREN EXPRESO



CAPÍTULO VIGÉSIMO



EL TREN EXPRESO

de Campoamor

CANTO PRIMERO

I

Habiéndome robado el albedrío
un amor tan infausto como mío,
ya recobrados la quietud y el sexo,
volvía de París en tren expreso:
y cuando estaba ajeno de cuidado,
como un pobre viajero fatigado,
para pasar bien cómoda la noche
muellemente acostado,
al arrancar el tren, subió á mi coche,
seguida de una anciana,
una joven hermosa,
alta, rubia, delgada y muy graciosa,
digna de ser morena y sevillana.

II

Luego á una voz de mando
por algún héroe de las artes dada,
empezó el tren á trepidar, andando
con un trajín de fiera encadenada.

Al dejar la estación lanzó un gemido
la máquina, que libre se veía,
y corriendo al principio solapada,
cual la sierpe que sale de su nido,
ya al claro resplandor de las estrellas,
por los campos, rugiendo parecía
un león, con melena de centellas.

III

Cuando miraba atento
aquel tren que corría como el viento,
con sonrisa impregnada de amargura
me preguntó la joven con dulzura:
—¿Sois español? Y á su armonioso acento,
tan armonioso y puro, que aun ahora
el recordarlo sólo me embelesa,
—Soy español—le dije—¿y vos, señora?
—Yo—dijo—soy francesa.
—Podéis—la repliqué con arrogancia
la hermosura alabar de vuestro suelo,
pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia
un país tan hermoso como el Cielo.
—Verdad que es el país de mis amores
el país del ingenio y de la guerra;
pero en cambio—me dijo—es vuestra tierra
la patria del honor y de las flores:
no os podéis figurar cuánto me extraña
que, al ver sus resplandores,
el sol de vuestra España
no tenga, como el de Asia, adoradores;
y después de halagarnos obsequiosos
del patrio amor el puro sentimiento,
entrambos nos quedamos silenciosos
como heridos de un mismo pensamiento.

IV

Caminar entre sombras, es lo mismo
que dar vueltas por sendas mal seguras
en el fondo sin fondo de un abismo.
Juntando á la verdad mil conjeturas,
veía allá á lo lejos desde el coche
agitarse sin fin cosas oscuras,
y en torno cien especies de negruras
tomadas de cien partes de la noche.
¡Calor de fragua á un lado, al otro frío!
¡Lamentos de la máquina espantosos,
que agregan el terror y el desvarío
á todos estos limbos misteriosos!
¡Las rocas, que parecen esqueletos!
¡Las nubes, con entrañas abrasadas!
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas!
¡El horror que hace grandes los objetos!
¡Claridad espectral de la neblina!
¡Fuego de llamas y humo indescritibles!
¡Unos grupos de bruma blanquecina
esparcidos por dedos invisibles!
¡Masas informes.....! ¡Límites inciertos.....!
¡Montes que se hunden! ¡Árboles que crecen...!
¡Horizontes lejanos que parecen
vagas costas del reino de los muertos!
¡Sombra, humareda, confusión y nieblas.....!
¡Acá lo turbio..... allá lo indescrible.....!
¡Y entre el humo del tren y las tinieblas
aquí una cosa negra, allí otra horrible.....!

V

¡Cosa rara! Entretanto
al lado de mujer tan seductora

no podía dormir, siendo yo un santo
que duerme cuando no ama, á cualquier hora.
Mil veces intenté quedar dormido,
mas fué inútil empeño:
admiraba á la joven y es sabido
que á mí la admiración me quita el sueño.
Yo estaba inquieto, y ella,
sin echar sobre mí mirada alguna,
abrió la ventanilla de su lado,
y como un ser prendado de la luna,
miró al cielo azulado,
preguntó, por hablar, qué hora sería,
y al ver correr cada fugáz estrella,
— ¡Ved un alma que pasa! — me decía.

VI

— ¿Vais muy lejos? con voz ya conmovida
le pregunté á mi joven compañera.
— ¡Muy lejos! — contestó — voy decidida
á morir, á un lugar de la frontera.
Y se quedó, pensando en lo futuro,
su mirada en el aire distraída,
cual se mira en la noche un sitio obscuro
donde fué una visión desvanecida.
— ¿No os habrá divertido —
la repliqué galante —
la ciudad seductora
en donde todo amante
deja recuerdos y se trae olvido?
— ¿Lo traéis vos? — me dijo con tristeza.
— Todo en París lo hace olvidar, señora —
le contesté — la moda y la riqueza.
— Yo me vine á París desesperado,
por no ver en Madrid á cierta ingrata.
— Pues yo vine — exclamó — y hallé casado

á un hombre ingrato á quien amé soltero.
—Tengo un rencor—la dije—que me mata.
—Yo una pena—me dijo—que me muero.
Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,
siendo su mente espejo de mi mente,
quedándose en silencio un grande rato
pasó una larga historia por su frente.

VII

Como el tren no corría, que volaba,
era tan vivo el viento, era tan frío,
que el aire parecía que cortaba:
así el lector no extrañará que, tierno
cuidase de su bien más que del mío,
pues hacía un gran frío, tan gran frío
que echó al lobo del bosque aquel invierno.
Y cuando ella doliente,
con el cuerpo aterido,
—¡Tengo frío!—me dijo dulcemente
con voz que, más que voz, era un balido,
me acerqué á contemplar su hermosa frente,
y os juro por el Cielo
que, á aquel reflejo de la luz escaso,
la joven parecía hecha de raso,
de nácar, de jazmín y terciopelo;
y creyendo invadidos por el hielo
aquellos pies tan lindos,
desdoblando mi manta zamorana,
que tenía más borlas verde y grana
que todos los cerezos y los guindos
que en Zamora se crían,
cual si fuese una madre cuidadosa,
con la cabeza ya vertiginosa,
la tapé aquellos pies, que bien podrían
ocultarse en el cáliz de una rosa.

VIII

¡De la sombra y el fuego al claro obscuro
brotaban perspectivas espantosas,
y me hacía el efecto de un conjuro
el ver reverberar en cada muro
de la sombra las danzas misterios.....!
¡La joven, que acostada traslucía
con su aspecto ideal, su aire sencillo,
y que, más que mujer, me parecía
un angel de Rafael ó de Murillo.....!
¡Sus manos por las venas serpenteadas,
que la fiebre abultaba y encendía,
hermosas manos, que á tener cruzadas
por la oración habitual tendría.....!
¡Sus ojos siempre abiertos, aunque á oscuras,
mirando al mundo de las cosas puras!
¡Su blanca faz de palidez cubierta!
¡Aquel cuerpo á que daban sus posturas
la celeste figura de una muerta!
¡Las fajas tenebrosas
del techo que irradiaba tristemente
aquella luz de cueva submarina;
y esa continua sucesión de cosas
que así en el corazón como en la mente
acaban por formar una neblina!
¡Del tren expreso la infernal balumba!
¡La claridad de cueva que salía
del techo de aquel coche, que tenía
la forma de la tapa de una tumba!
¡La visión triste y bella
del sublime concierto
de todo aquel horrible desconcierto,
me hacían traslucir en torno de ella
algo vivo rondando un algo muerto!

IX

De pronto, atronadora,
entre un humo que surcan llamaradas
despide la feroz locomotora
un torrente de notas aflautadas,
para anunciar, al despuntar la aurora,
una estación, que en feria convertía
el vulgo con su eterna gritería,
la cual susurradora y esplendente,
con las luces del gas brillaba enfrente,
y al llegar, un gemido,
lanzado, prolongado y lastimero,
el tren en la estación entró seguido
cual si entrase un reptil en su agujero.

CANTO SEGUNDO

EL DÍA

I

Y continuando la infeliz historia,
que aun vaga como un sueño, en mi memoria,
veo al fin á la luz de la alborada
que el rubio de oro de su pelo brilla
cual la paja de trigo calcinada
por agosto, en los campos de Castilla.
Y con semblante cariñoso y serio,
y una expresión del todo religiosa,
como llevando á cabo algún misterio,
después de un ¡ay! Dios mío,
me dijo señalando á un cementerio:
—¡ Los que duermen allí, no tienen frío!

II

El humo en ondulante movimiento
dividiéndose á un lado y otro lado,
se tiende por el viento
cual la crin de un caballo desbocado.
Ayer era otra Fauna, hoy otra Flora;
verdura y aridez, calor y frío;
andar tantos kilómetros por hora
causa al alma el mareo del vacío;
pues salvando el abismo, el llano, el monte,
con un ciego correr que al rayo excede,
en loco desvarío
sucede un horizonte á otro horizonte
y una estación á otra estación sucede.

III

Más ciego cada vez por la hermosura
de la mujer aquella,
al fin la hablé con la mayor ternura,
apesar de mis muchos desengaños;
porque al viajar en tren con una bella
vá, aunque un poco al azar y á la ventura,
muy deprisa el amor á los treinta años,
y ¿dónde vais ahora? —
pregunté á la viajera.
—Marcho olvidada por mi amor primero —
me respondió sincera —
á esperar el olvido un año entero.
—Pero ¿y después—le pregunté—señora?
—Después—me contestó—¡lo que Dios quiera!

IV

Y porque así sus penas distraía,
las mías le conté con alegría,

y un cuento amontoné sobre otro cuento,
mientras ella, abstrayéndose, veía
las gradaciones de color que hacía
la luz descomponiéndose en el viento.
Y haciendo mil castillos en el aire
ó, como dicen ellos, en España,
la referí, no sé si con donaire,
cuentos de Homero y de Mari Castaña.
En mis cuadros risueños,
pintando mucho amor y mucha pena,
como el que tiene la cabeza llena
de heroínas francesas y de ensueños,
había cada llama
capaz de poner fuego al mundo entero;
y no faltaba nunca un caballero
que por gustar solícito á su dama
la sirviese, siendo héroe, de escudero.
Y ya de un nuevo amor en los umbrales,
cual si fuese aliento nuestro idioma,
más bien que con la voz, con las señales,
esta verdad tan grande como un Templo
la convertí en axioma:
que para dos que se aman tiernamente,
ella y yo, por ejemplo,
es cosa ya olvidada por sabida
que un árbol, una piedra y una fuente
pueden ser el edén de nuestra vida.

V

Como en amor es credo,
ó artículo de fé que yo proclamo,
que en este mundo de pasión y olvido,
ó se oye conjugar el verbo te amo,
ó la vida mejor, no importa un bledo,
aunque entonces, como hombre arrepentido,
el ver á una mujer me daba miedo,

más bien desesperado que atrevido,
y ¿un nuevo amor—la pregunté amoroso—
no os haría olvidar viejos amores?
Mas ella, sin dar tregua á sus dolores,
contestó con acento cariñoso:
—La tierra está cansada de dar flores;
necesito algún año de reposo.

VI

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
como aquel que patina por el hielo
y en confusión extraña
parecen confundidos tierra y cielo
monte la nube, y nube la montaña
pues cruza de horizonte en horizonte
por la cumbre y el llano,
ya la cresta granítica de un monte,
ya la elástica turba de un pantano,
ya entrando por el hueco
de algún túnel que horada las montañas,
á cada horrible grito
que lanzando vá el tren, responde el eco
y hace vibrar los muros de granito,
extremeciendo al mundo en sus entrañas;
y dejando aquí un pozo, allí una sierra,
nubes arriba, movimiento abajo,
en laberinto tal cuesta trabajo
creer en la existencia de la tierra.

VII

Las cosas que miramos,
se vuelven hacia atrás en el instante
que nosotros pasamos;
y conforme vá el tren hacia adelante
parece que desandan lo que andamos;

y á sus puestos volviéndose, huyen y huyen
en raudo movimiento
los postes del telégrafo, clavados
en fila á los costados del camino;
y, como gota á gota, fluyen, fluyen,
uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento,
y formando confuso y ceniciento
el humo con la luz en remolino,
no distinguen los ojos deslumbrados
si aquello es sueño, tromba ó torbellino.

VIII

¡Oh! mil veces bendita
la inmensa fuerza de la mente humana,
que así el ramblizo como el monte allana
y al mundo echando su miel, lo mismo
los picos de las rocas decapita,
que levanta la tierra,
formando un terraplén sobre un abismo
que llena con pedazos de una sierra.
Dignas son ¡vive Dios! estas hazañas,
no conocidas antes,
del poderoso anhelo
de los grandes gigantes
que en su ambición para escalar el Cielo,
un tiempo amontonaron las montañas.

IX

Corría en tanto el tren con tal premura,
que el monte abandonó por la ladera,
la colina dejó por la llanura,
y la llanura, en fin, por la ribera;
y al descender á un llano,
sitio infeliz de la estación postrera
le dije con amor:—¿Sería en vano

que amaros pretendiera?
¿Sería como un niño que quisiera
alcanzar á la luna con la mano?
Y contestó con lívido semblante:
—No sé lo que seré más adelante,
cuando ya soy vuestra mejor amiga.
Yo me llamo Constancia y soy constante;
—¿Qué más queréis?—me pregunta que os diga.
Y, bajando el andén, de angustia llena,
con prudencia fingió que distraía
su inconsolable pena
con la gente que entraba y que salía;
pues la estación del pueblo parecía
la loca dispersión de una colmena.

X

Y, con dolor profundo
mirándome á la faz desencajada,
cual mira á su doctor un moribundo,
siguió:—Yo os juro, cual mujer honrada,
que el hombre que me dió con tanto celo
un poco de valor contra el engaño,
ó aquí me encontrará dentro de un año
ó allí. . . .—me dijo, señalando al Cielo.
Y enjugando después con el pañuelo
algo de espuma de color de rosa
que asomaba á sus labios amarillos,
el tren, (cual la serpiente que escamosa
queriendo hacer que marcha y no marchando,
ni marcha ni reposa),
mueve y remueve, ondeando y más ondeando,
de su cuerpo flexible los anillos;
y al tiempo que ella y yo, la mano alzando,
volvimos saludando, la cabeza,
la máquina un incendio vomitando,
grande en su horror y horrible en su belleza

el tren llevó hacia sí pieza tras pieza
vibró con furia y lo arrastró silbando.

CANTO TERCERO

EL CREPÚSCULO

I

Cuando un año después, hora por hora,
hacia Francia volvía,
echando alegre sobre el cuerpo mío
mi manta de alamares de Zamora,
porque á un tiempo sentía,
como el año anterior, día por día,
mucho amor, mucho viento y mucho frío;
al minuto final del año entero,
á la cita acudí cual caballero,
que vá alumbrado por su buena estrella;
mas al llegar á la estación aquella
que no quiero nombrar, porque no quiero,
una tos de ataud sonó á mi lado
que salía del pecho de una anciana
con cara de dolor y negro traje;
me vió, gimió, lloró, corrió á mi lado,
y echándome un papel por la ventana,
¡Tomad!—me dijo—y continuad el viaje.
Y cual si fuese una hechicera vana
que, después de un conjuro, en la alta noche,
quédase entre la sombra confundida,
la mujer, más que vieja, envejecida,
de mi presencia huyó con ligereza,
cual niebla entre la luz desvanecida,
al punto en que, llegando, con presteza,
echó por la ventana de mi coche
esta carta tan llena de tristeza,

que he leído más veces en mi vida
que cabellos contiene mi cabeza:

II

«Mi carta que es feliz, pues vá á buscaros,
cuenta os dará de la memoria mía;
aquel fantasma soy que, por gustaros,
jugó á estar viva, á vuestro lado un día.
«Cuando lleve esta carta á vuestro oído
el eco de mi amor y mis dolores,
el cuerpo en que mi espíritu ha vivido,
ya durmiendo estará bajo unas flores.
«Por no dar fin á la ventura mía,
la escribo larga..... ¡casi interminable
¡Mi agonía es la bárbara agonía
del que quiere evitar lo inevitable!
«Hundiéndose al morir sobre mi frente
el palacio ideal de mi quimera,
de todo mi pasado, solamente
esta pena que os doy borrar quisiera.
«Me revelo á morir, pero es preciso.....
¡El triste vive y el dichoso muere!
¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!
«¡Os amo, sí! Dejadme que habladora
me repita esta vez tan repetida;
que las cosas más íntimas ahora
se escapan de mis labios con mi vida.
«Hasta furiosa, á mí que ya no existo,
la idea de los celos me importuna;
¡Juradme que esos ojos que me han visto
nunca el rostro verán de otra ninguna!
«Y si aquella mujer de aquella historia
vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,
aunque os ame, gemid en mi memoria;
¡Yo os hubiera también amado tanto!

«Mas tal vez allá arriba nos veremos,
después de esta existencia pasajera,
cuando los dos, como en el tren lleguemos
de nuestra vida, á la estación postrera.
«¡Ya me siento morir.....! ¡El Cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca ó muera el día,
de mirar al lucero de la tarde,
esa estrella que siempre ha sido mía.
«Pues yo desde ella os estaré mirando,
y como el bien con la virtud se labra,
para verme mejor, yo haré rezando
que Dios de par en par, el Cielo os abra.
«¡Nunca olvidéis á esta infeliz amante
que os cita cuando os deja, para el Cielo!
¡Si es verdad que me amasteis un instante,
llorad, porque eso sirve de consuelo!
«¡Oh, Padre de las almas pecadoras!
¡Conceded el perdón al alma mía!
¡Amé mucho, Señor, y muchas horas;
más sufrí por más tiempo todavía!
«¡Adios! ¡Adios! Como hablo delirando,
no sé decir lo que deciros quiero;
¡Yo solo sé de mí que estoy llorando,
que sufro, que os amaba y que me muero!»

III

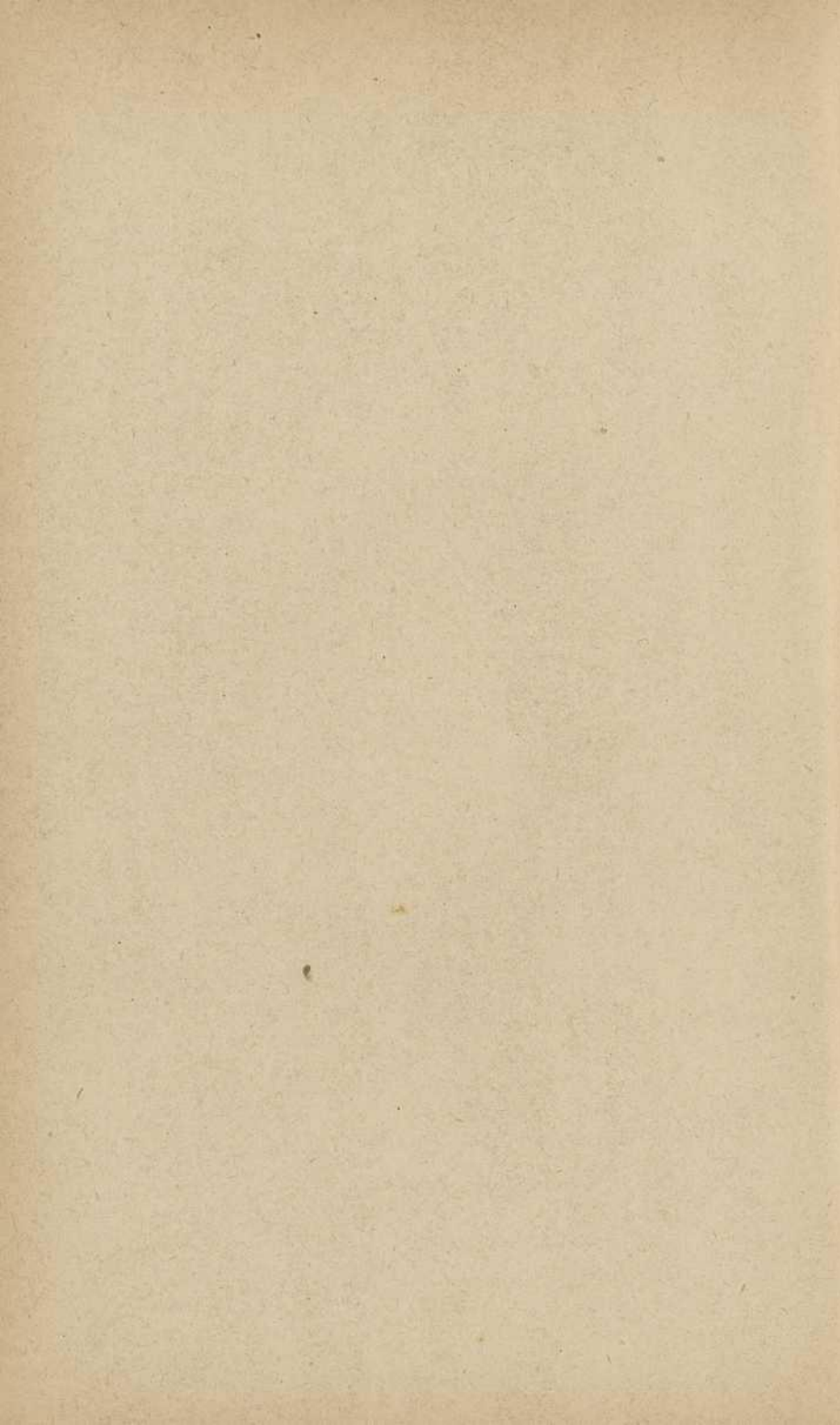
Al ver de esta manera
trocado el curso de mi vida entera
en un sueño tan breve,
de pronto se quedó de negro que era,
mi cabello más blanco que la nieve.
De dolor traspasado
por la más grande herida
que á un corazón jamás ha destrozado
en la inmensa batalla de la vida
ahogado de tristeza,

á la anciana busqué desesperado;
mas fué esperanza vana,
pues lo mismo que un ciego deslumbrado,
ni pude ver la anciana,
ni respirar del aire la pureza,
por más que abrí cien veces la ventana
decidido á tirarme de cabeza.
Cuando por fin sintiéndome agobiado
de mi desdicha al peso,
y encerrado en el coche, maldecía
como si fuese en el infierno preso,
al año de venir, día por día,
con mi gran inquietud y poco seso,
sin alma, y como inútil mercancía,
me volvió hasta París el tren expreso.



CAPÍTULO XXI.

FIN DE NUESTRA OBRA





CAPÍTULO VIGÉSIMOPRIMERO



FIN DE NUESTRA OBRA



Habían transcurrido ya unos ocho años, y la mayor de las hijas de Rosalía, ó sea Aurora, se había casado con un Médico muy bueno y muy amante de su esposa, cuyo feliz matrimonio fijó su residencia en Burgos.

Buena esposa y buena hija, Aurora, nunca se olvidaba de sus padres, y sobre todo de lo bien que la habían educado, enseñándole á ser una excelente ama de casa y madre de familia.

Amparo, había seguido carrera opuesta á su hermana.

Teniendo verdadera vocación por la clausura, entró en el Convento del Sagrado Corazón, desde donde dirigía sus preces al Cielo, para que conservase Dios largos años la vida de sus buenos y cariñosos padres.

Blanca proyectaba unir su suerte á un Abogado muy instruído y de gran valía.

Luciano había elegido la carrera de las armas, por ser la que más llenaba sus aspiracio-

nes, y como era muy bueno y muy aprovechado, la terminó de una manera brillante, siendo destinado al Regimiento de línea de la Princesa, número 4, donde figuraba como uno de los Tenientes más expertos, disciplinados y virtuosos.

Y por último, Enrique estaba en la Academia, terminando también la carrera militar.

Ved, amados lectores y lectoras, un lugar antes tan animado, en el que por todas partes resonaban voces infantiles, risas, gritos de mamá por aquí, papá por allá, y las mil travesuras de la edad juvenil, sumido en el mayor recogimiento y reposo; en él se albergaban dos venerables ancianos, que su vida la habían consagrado á la mejor educación de sus hijos, sin que les hiciese desmayar en su plausible tarea, ni el excesivo trabajo, ni las incalculables preguntas, ni el sinnúmero de reflexiones, ni nada.

La madre, ocupada en las labores propias de su sexo, y vertiendo lágrimas por la ausencia de sus hijos, recordaba las veces que los había mecido en sus rodillas, las caricias que les había prodigado, sus juegos y otras mil cosas que no se pueden olvidar en la vida, y la torturaba la felicidad conseguida por la maternidad, y lo aislada que se encontraba en la vejez, á cuyo aislamiento no podía acostumbrarse.

El padre tampoco podía olvidar los ratos tan felices de su vida, empleados en la educación é instrucción de sus hijos, y lo solitario que en la actualidad se hallaba.

Pero al verse tan contristados, la Providencia se apiadó de ellos, y en aquel instante recibieron un telegrama de Aurora, en el que les participaba que su esposo y ella tendrían el

gusto de abrazarles á las seis de la tarde, hora de la llegada del tren, cuya noticia les produjo inmensa alegría.

Y efectivamente, á la hora señalada, los ancianos, que estaban impacientes por estrechar á sus hijos, se dirigieron á la estación, y se conmovieron de alegría al oír el silbido de la locomotora y ver descender de un coche de primera á sus hijos y su hermosísimo nieto, primer fruto de los amores de su entrañable Aurora.

Indescriptible sería poder bosquejar el júbilo de los ancianos, el contento de los hijos y las graciosidades del nieto, en recompensa de los mimos y caricias que le prodigaban los abuelos, y más que nada, la inmensa felicidad que reinaba en aquella casa, días antes tan solitaria.

Pero todo en este mundo es perecedero; así que nuestros huéspedes tuvieron que regresar á su residencia, que ya hemos dicho era Burgos.

Frecuentemente eran visitados por todos sus hijos, excepto Amparo; pero á ésta la visitaban ellos frecuentemente también, y así continuaron hasta que Dios dispuso llevarlos á su eterno descanso, premiando así unas existencias que solo se habían consagrado al bien y á la virtud.

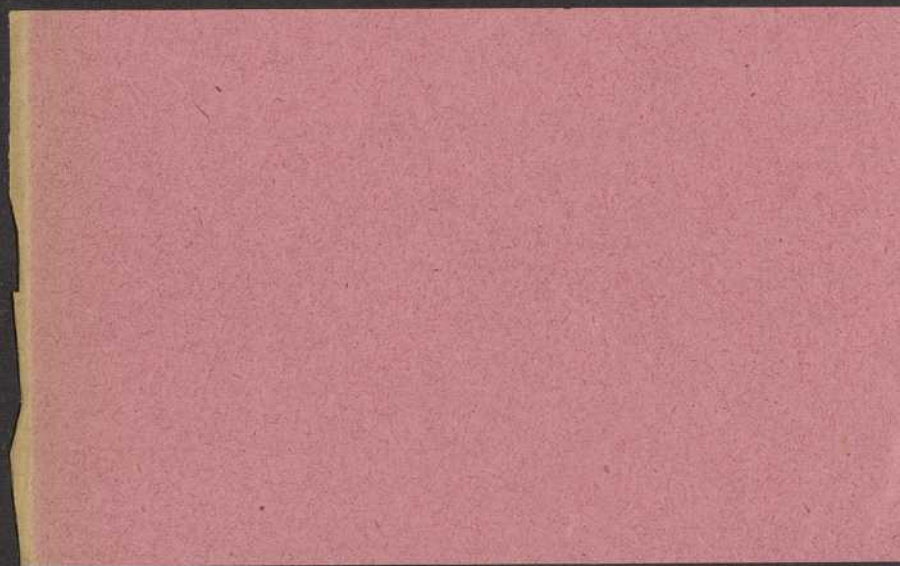
FIN

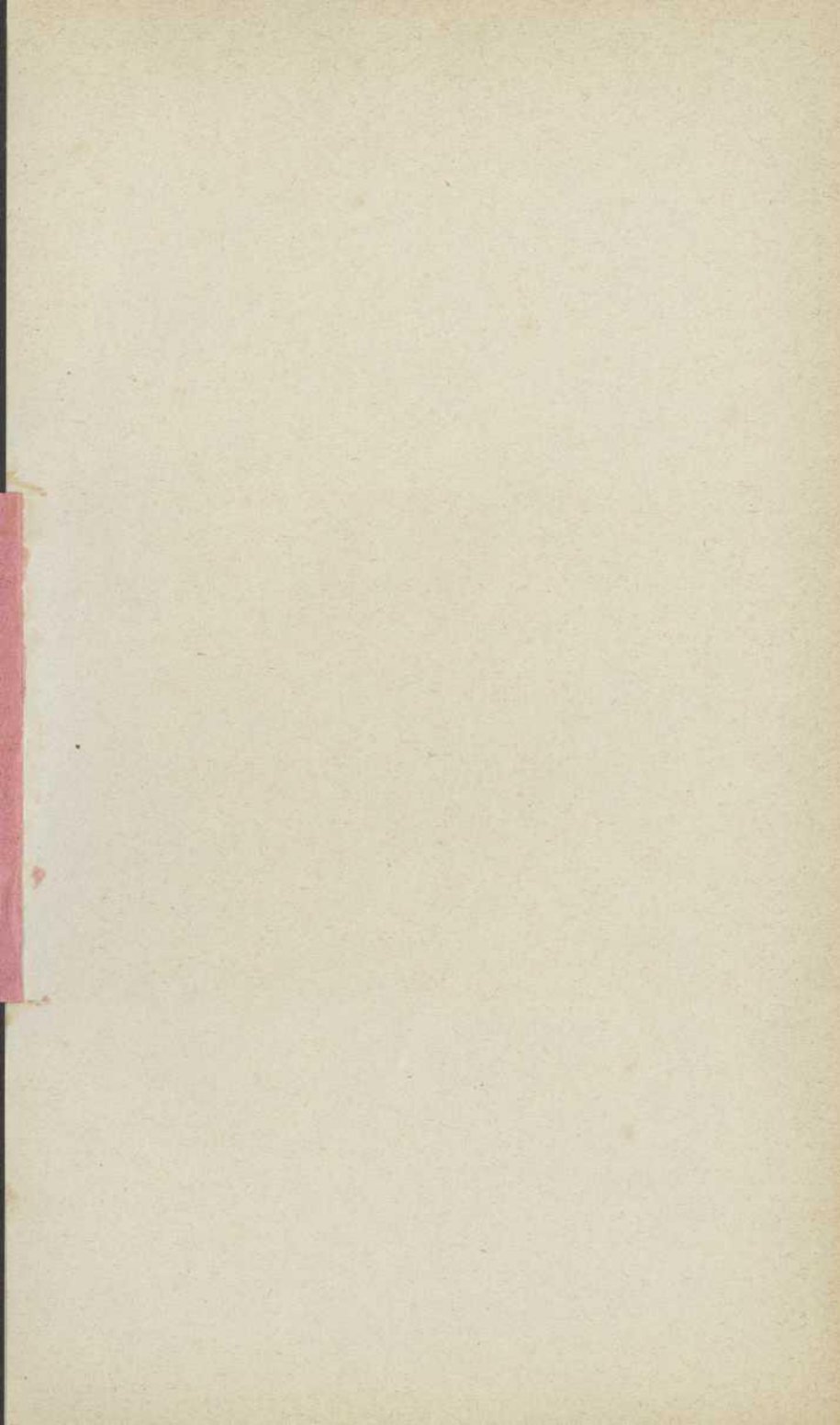
INDICE

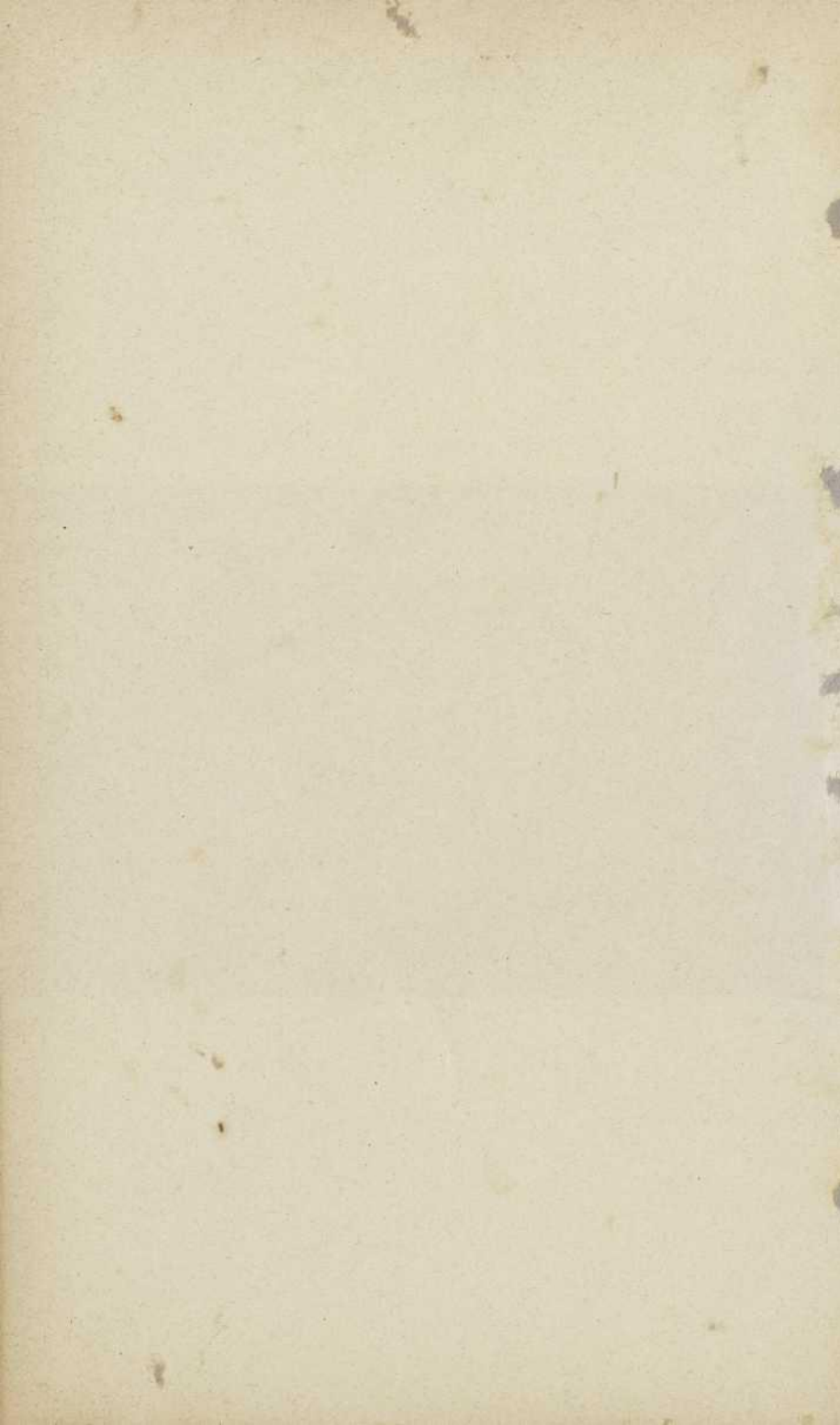
		Página
Capítulo I	Noche de invierno.	9
Capítulo II	Tarde de paseo.	15
Capítulo III	La Tierra.	23
Capítulo IV	El Cinematógrafo.	31
Capítulo V	Los cinco sentidos.	39
Capítulo VI	La Caridad.	47
Capítulo VII	Una lección de Historia.	55
Capítulo VIII	El bautizo de la muñeca.	63
Capítulo IX	Los nombres de la muñeca.	71
Capítulo X	Los exámenes.	79
Capítulo XI	Un día festivo.	103
Capítulo XII	El ramo de flores.	109
Capítulo XIII	Los amigos.	115
Capítulo XIV	Una temporada en Madrid.	123
Capítulo XV	Un día de pesca.	131
Capítulo XVI	Una visita inesperada.	137
Capítulo XVII	El anillo de Aurora.	145
Capítulo XVIII	La Gratitude.	151
Capítulo XIX	La Torre de Fuensaldaña.	159
Capítulo XX	El tren expreso.	171
Capítulo XXI	Fin de nuestra obra.	189

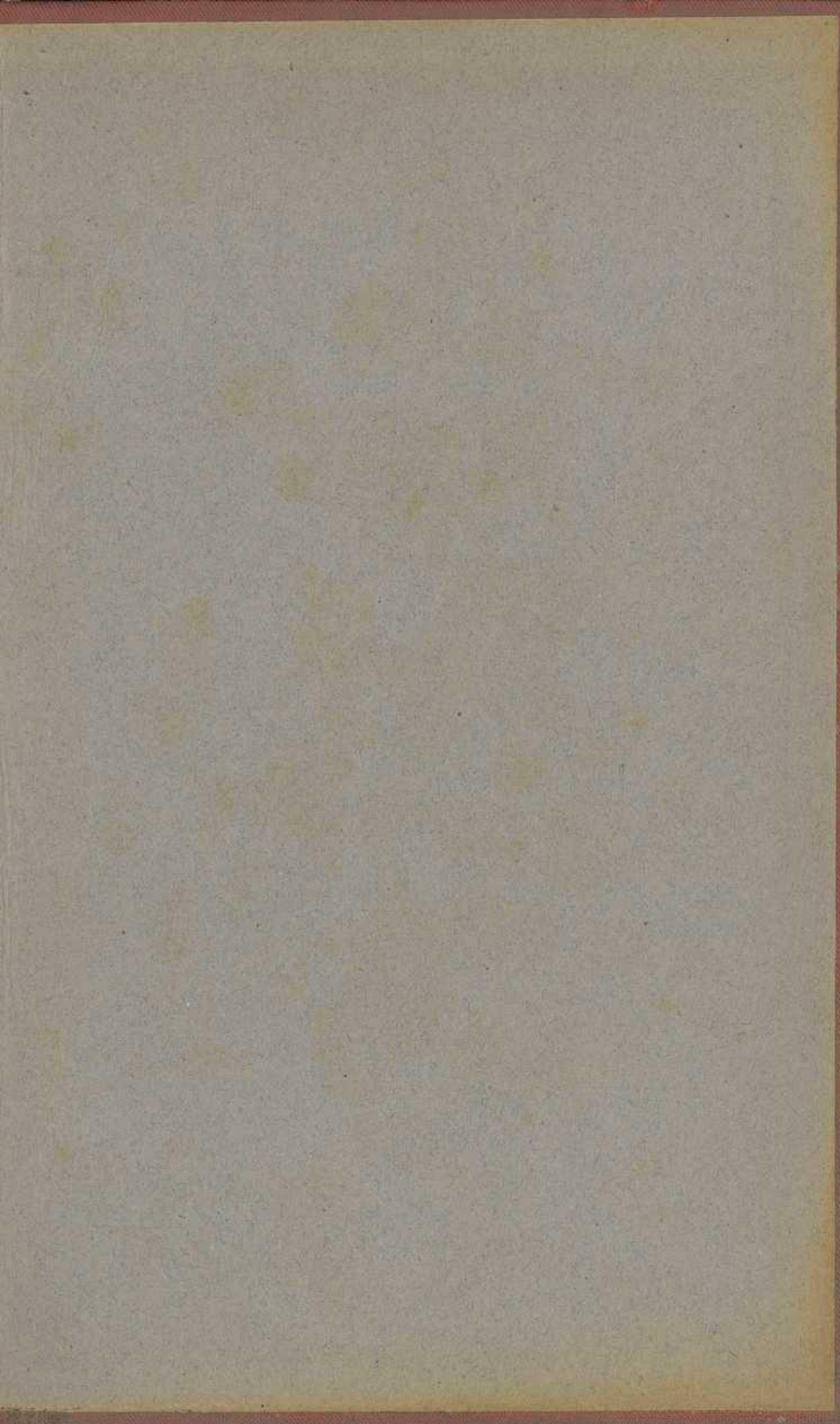
FE DE ERRATAS

Páginas	Lineas	Dice	Debe decir
41	31	esclerotida	esclerótica
55	7	tenía	tenían
67	36	correras	comerás
72	14	1889	1789
74	7-11 16-26	Caroliano	Coroliano
112	13	abandonarlo	abandonarla
140	11	veía	leía
161	12	aviado	airado
176	5	misterios	misteriosas









Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA CENTRAL



10000225344



13

R

15600